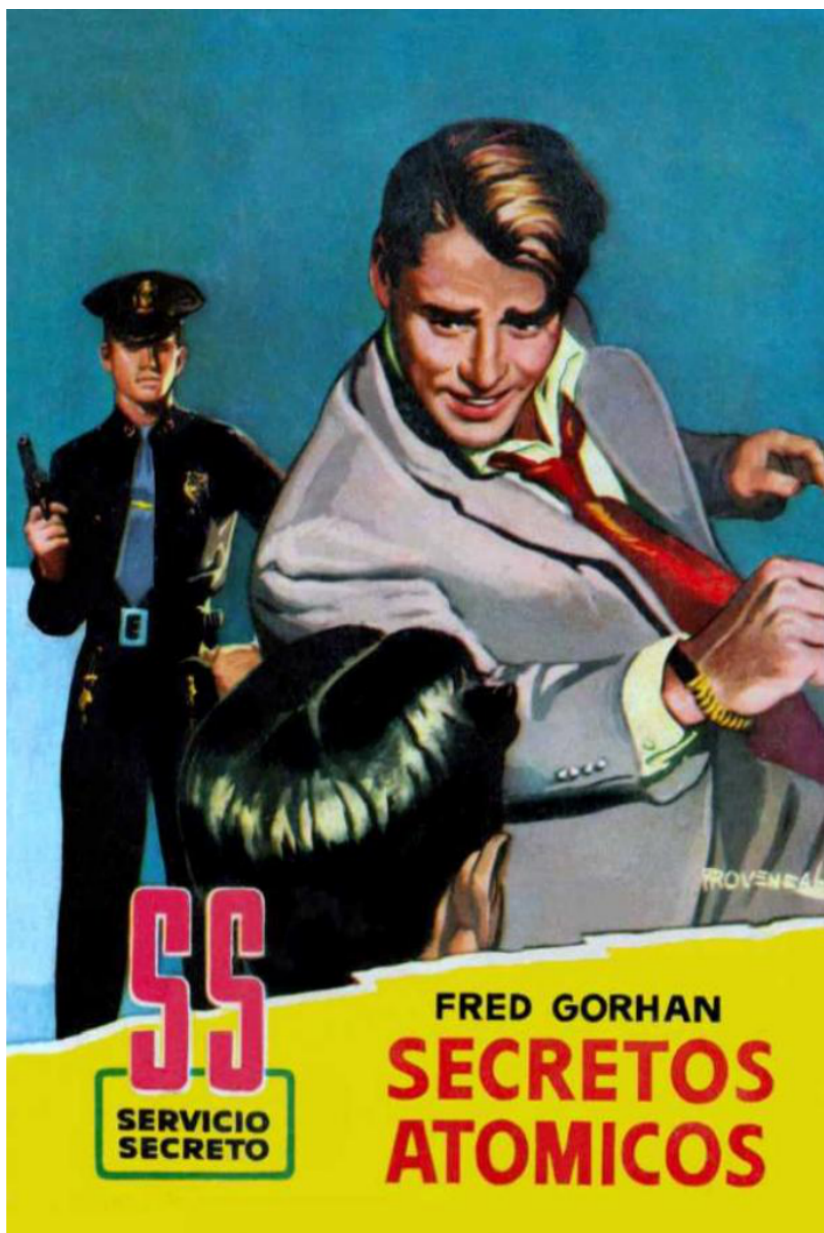




SECRETOS ATÓMICOS

FRED GORHAN

SECRETOS ATÓMICOS

1ª EDICIÓN
SEPBRE. - 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Secretos
ATOMICOS



por **FRED GORHAN**

CAPÍTULO I

Innumerables hombres y mujeres había conocido Nick Barton en sus veinticinco años de azarosa existencia. A muchos los había olvidado ya; de otros conservaba clara memoria. Si todos estos seres que pasaron por su vida se hubieran incluido en una ordenada lista de preferencias, el primer lugar lo habría ocupado, sin disputa alguna, Linda Kane, la maravillosa criatura que trabajaba de cajera en el

«Boni's»,

el bar de la esquina, y el último, su odioso y reciente galán, Donald Farrell.

Ambos sentimientos, radicalmente opuestos, eran en Nick instintivos. A Linda la conoció al mes escaso de llegar a Nueva York y cuando todavía no hacía una semana que trabajaba en la central Malovan y Borger, acreditada agencia de investigación, con delegaciones en todos los estados.

Hasta entonces, Nick había tenido sus aventurillas amorosas pero sin que ninguna de ellas le quitase el sueño. Amaba, por encima de todo, su profesión y, antes de pensar en otras cosas, tenía que escalar el alto puesto que ambicionaba. Por lo pronto, ya había dejado de ser el simple agente de la agencia en Utica, y Malovan había llamado a Nueva York. Era el primer paso importante. No pasaría mucho tiempo sin que el patrón se fijase de nuevo en él. Tal vez, entonces, se decidiese a poner los ojos en alguna chiquilla, con ánimo de fundar un hogar. Por ahora, no valía la pena de darle más vueltas al asunto.

Tales eran los pensamientos de Nick, hasta que un buen día entró en el

«Boni's».

La sola y súbita presencia de Linda trastornó todos sus planes, convirtiéndole en otro hombre.

La chica, desde luego, era preciosa y allí estaban para acreditarlo todos los clientes masculinos del «Boni's»,

entre quienes Linda repartía sus graciosas sonrisas; sin que en ninguno de ellos produjese los devastadores efectos que desató en el ánimo de Nick. Inútil explicar la causa precisa del fenómeno, que catalogaremos con el clásico calificativo de «flechazo».

La primera tarde que la vio, ya tuvo Nick clara conciencia de lo que se le avecinaba al decirle, medio en broma, medio en serio, mirándola fijamente:

—¿Por qué ha tenido usted la peregrina idea de entrar a trabajar en este bar y no en otro cualquiera habiendo tantos en Nueva York?

—¿Cómo? —indagó Linda desconcertada, abriendo mucho los ojos.

—Sí —aclaró Barton—. Yo he venido a esta ciudad para hacer carrera y todavía soy muy joven para enamorarme de verdad y casarme. Y, ahora, resulta que el diablo en persona la ha puesto en mi camino con el claro propósito de estropearme todos los planes que me había trazado.

La chica rompió a reír, comprendiendo al fin el alcance de la supuesta broma. Le dijo:

—No se preocupe. Para que usted se case hará falta que la muchacha en quién se fije de también su conformidad, y ese peligro conmigo no existe.

—¿Acaso está ya casada?

—No, no.

—Entonces, la deducción es aún más desoladora. No le agrado, ¿verdad? —preguntó Nick.

—Mejor sería decir que, hoy por hoy, no me agrada nadie... para casarme —sonrió encantadoramente la muchacha.

—Menos mal.

Desde entonces, todos los días disponibles encontraba Nick pretexto para pasar por el

«Boni's»

y conversar con Linda. Ésta se conducía con él de un modo espontáneo y Nick, que estaba seguro de haber encontrado la única mujer que podía hacer su felicidad, guardaba la firme esperanza de que el paso de los días trajese la favorable y ansiada coyuntura de

poder declararle seriamente su amor con posibilidades de éxito.

Y en esta situación de espera, fue cuando hizo acto de presencia la odiosa figura de Donald Farrell, un chico de familia rica, guapo y apuesto. Nick lo sorprendió dos o tres veces en el bar hablando animadamente con Linda, y el juego de miradas le pareció significativo. Más tarde su intuición quedó plenamente confirmada. Se entrevistaban fuera del bar. Cuando Linda salía del trabajo, el hombre la esperaba con su «Lincoln» último modelo. Donald abría la portezuela y la chica subía gozosamente, sentándose junto a él, a tiempo que arrancaba el vehículo.

Una tarde que Nick tuvo que ir a la carreras de caballos de Belbont Park, para efectuar cierta investigación, se encontró casualmente con su odiado y más afortunado rival.

—¡Hola, Barton! —le saludó Donald desenvueltamente.

—¡Hola! —respondió con sequedad—. Ignoraba que conociese mi nombre.

—¡Naturalmente! Linda me ha hablado de usted. Le aprecia mucho.

—Y usted, ¿la aprecia mucho a ella?

—¡Claro! —dijo Farrell—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque yo también aprecio mucho a Linda. ¡Juegue limpio, Farrell!

Se lo había dicho mirándole a los ojos, y Donald Farrell se echó a reír. Entonces, Nick le dio bruscamente la espalda, alejándose de él. Había estado a punto de meterle el puño por la boca.

CAPÍTULO II

Los periódicos de la noche daban cumplida cuenta de un sensacional hecho sangriento acaecido hacia las tres de aquella tarde. La sensacionalidad dimanaba, aparte de la audacia desplegada por el criminal, de la categoría de la víctima, conocidísimo abogado y figura popular para los chicos de la Prensa, ya que Richard Paterson, «el amigo Dick», como se le conocía entre sus clientes, había visto más de una vez su nombre estampado en las columnas de todos los rotativos, con motivo de asumir la defensa de personajes de dudosa y reconocida fama.

El sensacional acontecimiento habíase desarrollado de la siguiente forma:

A las cuatro menos diez de aquella tarde se recibía en la Central de Policía un telefonazo, dando cuenta del hallazgo de un hombre asesinado en su despacho de la calle Doce.

Se pasó aviso a la Brigada de Homicidios y, minutos más tarde, partía para el sitio indicado el teniente Mc Coy y tres de sus hombres.

Cuando el coche de la policía se detuvo frente al número reseñado, los patrulleros ya controlaban la entrada. Se trataba de un elevado y moderno edificio para oficinas.

—¿Dónde? —preguntó Mc Coy.

—En la sexta.

Subieron los policías en el ascensor y, cuando alcanzaron el piso, les salió al encuentro otro agente de una brigadilla volante que allí esperaba. Reconoció a Mc Coy y le saludó con una contracción de labios, a tiempo que alzaba su mano derecha.

—¡Hola, teniente! El fiambre es de categoría y, como hay Dios, que yo no me pierdo el entierro. Acudirá la «crema» de la ciudad.

—¿Quién es?

—Casi nadie: «El amigo Dick».

—¡Atiza! ¿Se sabe algo?

—Que, al parecer, lo ha liquidado uno de sus clientes mientras consultaba cierto asunto con él, en su despacho. Después, el hombre se fue a la calle tranquilamente, mientras otros tres clientes más aguardaban su turno sin sospechar nada. Cuando, al fin, la prolongada espera extrañó, entraron en el despacho, y allí estaba «El amigo Dick» de bruces sobre la mesa, muerto ya, con una tremenda cuchillada en la espalda. Esto es lo que me han contado, sin que yo les interrogase. Le esperábamos a usted.

—¿Quién está ahí dentro?

—Aparte del fiambre, el pasante, la secretaria, la empleada del vestíbulo y los tres clientes que aguardaban en la sala de espera.

—¡Vamos!

El lujoso local, como pudo comprobar después la policía, se componía de un vestíbulo, sala de espera, despacho propiamente dicho, un corto pasillo, «Secretaría y Archivo» y unos lavabos.

Al irrumpir en el vestíbulo desde la planta, se divisaban dos huecos. El de la derecha, con puerta practicable, daba a la sala de espera, y el otro, cubierto por una pesada cortina roja, al pasillo. A la izquierda de éste, se abrían dos puertas; la una pertenecía a la «Secretaría y Archivo» y la otra a los lavabos. Frente a los lavabos, a la derecha del corredor, veíase otra puerta que daba al despacho privado de Dick Paterson, y que, a su vez, comunicaba, por otra abierta en la pared adyacente, con la sala de espera.

De este modo, una vez terminada la consulta, el cliente de turno salía por la puerta que daba al pasillo, sin tener que pasar de nuevo por la sala de espera. De esta peculiar distribución se había aprovechado el asesino para, después de cometido su delito, marcharse tranquilamente a la calle.

Tras las primeras diligencias y una vez levantado el cadáver para su traslado a la «Morgue», el teniente inició los interrogatorios, entrevistándose sucesivamente con la secretaria de la víctima, Margaret Simpson; su pasante, Oscar Landog; la señora Humphrey, encargada de recibir en el vestíbulo a los visitantes, y los tres clientes que aguardaban turno, señores Smith, Galloway y Statler.

La declaración de los tres personajes que aguardaban en la sala de espera, coincidían en todos los detalles y reconstruían los hechos así:

El señor Smith llegó a las tres menos diez. Le recibió la encargada, diciéndole que ya aguardaba otro cliente y que el señor Paterson iniciaría las consultas a las tres en punto, según acostumbraba a hacerlo diariamente.

El señor Smith pasó a la sala de espera y, efectivamente, en ella se hallaba ya el aludido personaje, un hombre de unos cincuenta años, vestido de gris, de rostro adusto sin afeitar, y nada comunicativo. Smith le estuvo observando. El hombre parecía meditar con la cabeza baja y, de vez en cuando, consultaba nerviosamente su reloj de pulsera.

Seis o siete minutos después, entraba el tercer cliente, señor Galloway, que se sentó frente a los que ya aguardaban y que se dispuso a matar el tiempo hasta que le llegase el turno, hojeando las revistas que se amontonaban sobre una mesita.

A las tres en punto, se abrió la puerta que comunicaba con el despacho y aparecía la saludable figura de Richard Paterson, que saludó deferentemente:

—¡Buenas tardes, señores! ¿Quién es el primero?

Se alzó el desconocido y, al fijarse bien en él, Paterson exclamó, extrañado al parecer:

—¡Caramba! ¿Cómo por aquí, señor Kane?

—Vengo a consultarle un asunto. Supongo que no tendrá inconveniente en atenderme.

—Si viene como cliente —respondió el abogado—, ésa es mi obligación. ¡Pase usted!

Tanto el señor Smith como el señor Galloway se fijaron muy bien en el corto diálogo entablado entre el desconocido y Paterson, diálogo que, coincidentes, reprodujeron ante la policía.

Pasó el visitante al despacho y Paterson cerró la puerta.

Dos o tres minutos más tarde, penetraba en la salita John Statler, sin que después de él, hiciese acto de presencia ningún otro cliente más.

La espera se prolongaba desmedidamente. Por lo visto, el asunto del tal señor Kane debería estar muy embrollado. Éste fue el comentario que el señor Smith hizo en voz alta ante sus dos acompañantes.

A las cuatro menos cuarto, el señor Smith se sentía nervioso. Pasada media hora, tenía una cita importante, y, si aquel maldito

cliente no evacuaba, pronto su consulta, tendría que marcharse renunciando a ver a Paterson.

Finalmente, Smith se decidió a salir al vestíbulo para decirle a la encargada que se informase de si su jefe estaría todavía mucho tiempo con el primer cliente, ya que de ser así, él no podría esperarse más.

—Será el segundo —le dijo la mujer—. El primer cliente se marchó hará ya una media hora.

—No puede ser. El segundo era yo.

—Avisaré a la señorita Simpson —se decidió la mujer.

Mientras Smith aguardaba en el vestíbulo, la encargada marchó a la Secretaría, en donde se encontraban trabajando Margaret Simpson y el pasante.

La mujer explicó a la secretaria lo que ocurría, y ésta marchó al pasillo y golpeó discretamente en la puerta del despacho. Nadie respondió. En vista de ello, bajó el picaporte y empujó la hoja. Un incontenible grito de espanto brotó de sus labios.

Dick Paterson aparecía sólo en el despacho, sentado en el sillón, y de bruces sobre la mesa, con una gran mancha de sangre en su espalda, sobre la chaqueta gris.

Al chillido de la secretaria, irrumpieron en el despacho los restantes personajes. Se comprobó que el abogado había dejado de existir y, entonces, el pasante, Oscar Landog, telefoneó a la policía.

Las restantes declaraciones sirvieron para corroborar los hechos enunciados, y completar la versión de lo sucedido.

La señora Humphrey confirmó la llegada de las cuatro visitas, por el orden y a la hora que éstas habían manifestado. También informó de la llegada de un quinto cliente, que no pasó del vestíbulo. Se limitó a preguntar cuántas personas esperaban en la salita y, al responderle la mujer que tres, consultó su reloj y declaró que volvería a última hora o que ya lo dejaría para la tarde siguiente.

—¿Cuándo llegó ese señor? —indagó el teniente.

—A las tres y diez aproximadamente.

—¿Había salido ya del despacho el primer consultante?

—No. Salió momentos después.

—¿Dejó, por algún momento, sólo a este último visitante?

—No. Le abrí la puerta y, cuando terminamos de hablar, marchó

enseguida.

—¿Y usted, volvió a cerrar la puerta?

—¡Pues, claro! Además, desde que a las dos y media llegó el señor Paterson, sólo me moví del vestíbulo una vez, cuando le transmití a la señorita Simpson el recado del señor Smith, momentos antes de descubrirse lo ocurrido.

Las manifestaciones del pasante y de la secretaria de Richard Paterson ataron los contados cabos que aún podían, considerarse sueltos, corroborando la y versión que de los hechos ya se había forjado el teniente Mc Coy. Además, sirvieron para identificar la personalidad del tal señor Kane, primer visitante de la tarde, sobre quien lógicamente recaían todas las sospechas.

Informada Margaret Simpson del corto diálogo mantenido entre su jefe y el personaje, declaró que, sin duda, éste no podía ser otro que Raymond Kane, el demandante de un cliente de Paterson, un señor irascible que ya una vez se había peleado con el abogado, por considerarlo el principal culpable de haber perdido el pleito que sostenía contra su cliente.

—¿De qué índole era ese pleito? —preguntó el teniente Mc Coy.

—El señor Kane —explicó el pasante interviniendo— le exigió a nuestro cliente una indemnización de quince mil dólares por haberle atropellado este con su coche, produciéndole heridas leves. Nuestro cliente, señor Warrens, le ofreció lo que era legal, pero Kane se opuso a ello e, instigado por un abogado sin escrúpulos, litigó, aduciendo que, a raíz del atropello, había sufrido trastornos mentales que le impedían seguir en el ejercicio de su profesión. Kane se gastó sus ahorros en el pleito y cuando, finalmente, éste se falló a favor de Warrens, siguió en sus trece, sosteniendo que mi jefe era el único culpable de lo que le había ocurrido, sin comprender que su abogado le había azuzado hasta sacarle el último centavo.

—¿Con qué pretexto vino esta tarde Kane aquí?

—Lo ignoro. Por la tarde, las consultas son públicas. Quiero decir que los visitantes no se anuncian previamente, y nosotros no podemos saber quiénes vendrán ni la clase de asuntos que se van a tratar. Probablemente, Kane volvería sobre el obsesionante tema y, al final, perdería la cabeza. Es un viejo colérico y maniático.

—¿Había estado ya en este despacho en alguna otra ocasión?

—Sí; dos veces más.

A continuación, el teniente mostró interés en informarse de los pasos que tanto la secretaria como el pasante habían dado, desde las tres de la tarde hasta el momento de descubrirse el asesinato.

Resultó que ninguno de los dos se había ausentado durante aquel período de tiempo de la Secretaría, ocupados en sus respectivos quehaceres, hasta que la señora Humphrey entró para transmitirle a la señorita Simpson el deseo del señor Smith.

Quedaba, pues, claro que de los seis personajes que se hallaban en el local desde las tres hasta el momento del asesinato, sólo en uno de ellos concurrían las circunstancias inequívocas que podían calificarle como autor del asesinato: Raymond Kane, ya que los restantes, salvo quizás la señora Humphrey, contaban con convincentes coartadas, al haberse mantenido bajo constante vigilancia ajena en aquel crítico período de tiempo.

La secretaria garantizaba la inocencia del pasante y éste la de aquélla. Lo mismo ocurría con los tres clientes, cada uno de los cuales había estado vigilando por los otros dos. Sólo la encargada de recibir las visitas había permanecido sola en el vestíbulo, sin que nadie pudiese dar cuenta de sus posibles andanzas sin temor a error alguno, pero, aparte de que no se comprendían los motivos que la hubiesen podido inducir a atentar contra la vida de su jefe, tampoco se entendía cómo pudo haber llevado a cabo el supuesto delito. ¿Aprovechando la salida del señor Kane? Absurdo. En primer lugar, la mujer jamás tenía acceso al despacho privado y, sobre todo, existía el hecho rutinario de que una vez finalizada la entrevista con un cliente, Paterson lo despedía en la puerta que daba al pasillo, marchando seguidamente a la otra que comunicaba con la sala de espera para dar entrada al cliente de turno.

También existía la posibilidad de que, puestos previamente de acuerdo, los autores fuesen la secretaria y el pasante, extremo que hubiese convenido aclarar, investigando sus vidas privadas, en el caso de que la solución se dibujase dudosa, cosa que no ocurría entonces. Había, pues, que arrumar por descabelladas todas las restantes posibilidades y admitir que el asesino sólo podía ser Raymond Kane, individuo que, al parecer, odiaba a la víctima y único al que claramente acusaban las circunstancias de tiempo y lugar.

El pasante de la víctima revolvió papeles hasta encontrar en uno de los documentos del mencionado pleito el domicilio del presunto asesino, trasladándole el dato a Mc Coy, que, en aquel punto, cesó en su actuación, convencido de que en cuanto sus hombres le hubiesen echado el guante a Kane, el asunto quedaría concluso.

Los periódicos daban detallada cuenta de todos estos hechos consignados y, sin excepción, abundaban en la teoría del teniente Mc Coy, asegurando que quizás a aquellas horas ya estuviese el criminal en manos de la Justicia.

Pero el hecho sangriento había de tener una derivación inesperada, en principio, y que, después, al conocerse, se reputó lógica.

La Prensa de la mañana siguiente la puso de relieve, al informar a sus lectores de que, después de inútiles pesquisas de la policía, para dar con el paradero de Raymond Kane, por fin se había conseguido localizarle.

Resultó que el hombre, tras la comisión de su delito, arrepentido, al parecer, de lo que había hecho, se había suicidado aquella misma madrugada, arrojándose por una especie de acantilado de Long Island, cerca de Fairfax. Los ocupantes de un camión, que por allí pasaban al amanecer, descubrieron la presencia de un cadáver, tendido sobre una de las rocas del fondo. Debidamente identificado, resultó ser el de Raymond Kane. Cerca del suicida, se encontró, envuelto en un pañuelo, el puñal, con señales de sangre, de que se había valido para asesinar a Paterson.

Y así terminaba el desdichado suceso que había costado la vida a Richard Paterson, el famoso abogado neoyorquino, más conocido por «El amigo Dick», según calificativo de ciertos equívocos y poderosos clientes a quienes la víctima había prestado relevantes servicios.

CAPÍTULO III

Había estado cinco días ausente de Nueva York, siguiéndole los pasos a un tal O'Flaerty, de quien su esposa se sentía celosísima. Un trabajo fatigoso y nada brillante. Ahora venía a dar cuenta de su tediosa tarea, en espera de que le encargasen de algo un poco más ameno.

Dobló la esquina y el rojo anuncio luminoso de neón, BONI'S, encendió en su cerebro otro nombre entrañable muy distinto: LINDA. ¡Qué raro que no estuviese en la cercana parada de coches el auto de aquel fanfarrón! Tal vez la chica hubiese salido ya y... Pero, no; sólo eran las siete y media.

Al cruzar frente al bar se alzó ligeramente de puntillas y atisbó por encima de las rizadas cortinillas rojas hasta divisar la rubia cabeza de Linda. Estaba.

Iba a pasar de largo, pero bruscamente cambió de idea y se adentró en el establecimiento.

—¡Hola, Fred! Ponme un Coca-Cola

—le dijo al «barman», sentándose a la barra.

—¡Se le saluda, Barton! Hacía ya días que no se le veía por aquí.

—He estado fuera.

Mientras Fred preparaba lo solicitado, volvió la cabeza y miró a Linda, que se sentaba, junto a la caja, en el otro extremo del largo mostrador. Cuando ella le vio, Barton saludó expresivamente con la mano y la chica se limitó a sonreír débilmente. Al parecer, no se sentía muy animada.

—¡Ahí tiene, Barton! —dijo Fred disponiendo la botella y el vaso frente a él.

—Gracias. ¿Viene por aquí todavía ese Farrell?

Hacía ya tiempo que Fred había adivinado la poca simpatía que Nick profesaba al aludido personaje, así como los motivos de esta malquerencia. Por esto, indagó en tono despectivo:

—¿Quién? ¿El pollo del «Lincoln»?

—Ese mismo.

—No; ahora ya no viene —y añadió burlonamente—: Es un chico de muy buena familia y, como comprenderá, después de lo ocurrido...

—¿De lo ocurrido? —se extrañó Nick—. ¿Qué?

—¿Pero no se ha enterado de lo del padre de Linda?

—No sé una palabra.

Fred le informó del suceso acaecido cuatro fechas atrás y que, desde luego, Nick ya conocía por haberlo leído en la prensa, pero sin que entonces se le ocurriese relacionar a la muchacha con aquel sujeto que había asesinado al «amigo Dick», suicidándose horas más tarde. Y, ahora, resultaba que aquel Raymond Kane era nada menos que su padre.

—Linda —terminó Fred— defiende a su padre, asegurando que él no puede ser el asesino de ese abogado y que su pobre padre ha sido una nueva víctima de los verdaderos culpables. Algo absurdo, desde luego, pero se trata de un sentimiento digno, muy lógico. Lo indignante ha sido la actitud de ese Farrell, que no ha dudado en salir corriendo cuando la chica estaba más necesitada de ayuda.

Fred le hablaba confidencialmente, de brazos sobre el mostrador. En un momento que Nick desvió los ojos, vio que Linda les estaba mirando fijamente. Sin duda, había adivinado que se ocupaban de ella. Chocaron las miradas, la chica bajó los ojos y Nick dijo en voz alta:

—Sí; los cerdos abundan mucho. ¡Hasta otro rato, Fred!

Depositó unos níqueles sobre el mostrador y enderezó sus pasos hacia la salida. Pero antes de ganar la puerta, rectificó y pasó por la caja, deteniéndose frente a la muchacha.

—¡Oiga, Linda! —le dijo—. He estado cinco días fuera de Nueva York. Hoy acabo de llegar. Me gustaría mucho hablar con usted.

La chica clavó en Nick su mirada, sin responder. Había en su rostro una patética expresión de serenidad, que le emocionó vivamente. Nick se mordió los labios y bajó la cabeza.

—No sé por qué le digo esto, y quizás sea una tontería, pero...

¿A qué hora queda usted libre?

—Dentro de una media hora acaba mi turno.

—Bueno, pues, ahora, subiré a la oficina para dar cuenta al jefe de mi llegada y, después, puedo bajar. ¿La espero afuera?

—Bueno.

Veinte minutos más tarde Nick Barton aguardaba impacientemente en la acera, frente al

«Boni's»,

con la mirada clavada en su puerta de salida. Ahora, reputaba insensato el paso dado. ¿Qué podría decirle a Linda? Además...

La súbita presencia de la muchacha suspendió instantáneamente el curso de sus pensamientos. Nick avanzó hacia ella y los jóvenes se estrecharon las manos en silencio.

—¿Le he hecho esperar mucho?

—No; nada.

Echaron a, caminar en dirección a Canal St., por entre la gente, que se apretujaba en la acera. Linda callaba y Nick no sabía cómo empezar. El corazón le latía con violencia. De súbito, frenó la marcha y asió a la muchacha por el brazo.



De súbito, frenó la marcha y asió a la muchacha por el brazo.

—¡Discúlpeme, Linda! Yo no sé explicarme y, además, ignoro cómo interpretará esta actitud, que en mí ha sido algo espontáneo, irreflexivo por completo. Fred me ha informado de lo ocurrido. ¿Qué puedo decirle? Sólo que cuenta incondicionalmente conmigo y que todo lo que esté en mis manos hacer, se hará. Ya comprendo

que esto es una tontería, pero tenía que decírselo.

—¡Muchas gracias, Barton! ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

—¡No tiene que agradecerme nada! Sería yo el que le estaría agradecido si de algo pudiese servirle. ¿Comprende, Linda?

La chica asintió con la cabeza. No podía hablar.

—¡Venga conmigo!

Sin soltarla del brazo, Nick la condujo hasta el próximo estacionamiento de Entrance Square, donde había dejado el coche, un pequeño «roadster», del que ya había pagado dos plazos.

—¡Suba!

Abrió la portezuela y la chica se acomodó en el asiento. Después, dio la vuelta en torno del auto y ocupó el otro asiento junto al volante.

—¿A dónde quiere que la lleve?

Linda se había echado a llorar, cubriéndose el rostro con ambas manos, y Nick estimó que lo mejor sería dejar que se desahogase. Metió la marcha y arrancó en dirección a la Tercera Avenida.

Quince minutos más tarde, el «roadster» se detenía en uno de los poco concurridos paseos del Central Park. La muchacha habíase recuperado y, entonces, conversaron extensamente.

Según le dijo, había pasado por el trance más amargo de toda su vida. Su padre, a quién adoraba, había muerto, como aseguraba todo el mundo, de un modo infamante, suicidándose, después de haber cometido un asesinato. Y aquello no era en modo alguno cierto. Conocía muy bien a su padre, para saberlo incapaz de una acción semejante. Ciertamente que todo le acusaba, pero nada podría destruir la inquebrantable fe que guardaba por el difunto. Estaba segura de que su padre había sido una víctima de los maquiavélicos manejos de alguien que, en la sombra, armó la trampa, eligiéndole como víctima propicia para encubrir su delito. Este misterioso personaje era precisamente el verdadero asesino del abogado, el mismo que, más tarde, hizo que su padre se «suicidase», a fin de que la policía se diese por satisfecha a la vista de aquel engañoso cebo.

—Bueno, ¿pero por qué lo cree así? ¿Posee alguna prueba en que apoyarse?

—¡Conocí y traté a mi padre! —exclamó la muchacha con vehemencia—. ¿Le parece poco? Además, el día que acudió al despacho de ese Paterson, no pensaba hacerlo y, si lo hizo, fue

porque alguien le telefoneó.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero recuerdo muy bien lo que me dijo la señora Sawyer.

—¿Quién es esa señora?

—Una vecina de nuestra planta. Aquella tarde mi turno en la caja acababa a las cinco y, al regresar a la pensión, como no lo viese, pregunté por él. La señora Sawyer me explicó que había salido un poco después de las dos. Resultó que un hombre le había telefoneado, dándole una noticia, al parecer, muy agradable, porque según la mujer, mi padre se puso bastante contento. Le dijo que se marchaba a la calle para entrevistarse con un señor. Por lo que pudo entender, la señora Sawyer creyó adivinar que se refería al viejo asunto que le obsesionaba y que, según él, ahora tendría, por fin, una satisfactoria solución.

—¿Qué asunto era ése?

—Un pleito con un individuo que le atropelló con su coche hará un año. Desde entonces, mi padre sufrió un profundo cambio de carácter y, aconsejado por un sinvergüenza de abogado, demandó al dueño del auto, exigiéndole una indemnización absurda, aunque mi padre, de buena fe, la reputaba justa.

—¿Reconoce, pues, que su padre no andaba muy bien de la cabeza?

—No era, desde luego, el mismo de antes. Dejó el trabajo, se gastó en el pleito todos nuestros ahorros y volvióse como un niño testarudo, pero jamás pudo pasar por su cabeza atentar contra la vida de nadie. Estaba convencido de que, tarde o temprano, le darían la razón, indemnizándole de todos los gastos, y sólo pensaba en volver a pleitear. A veces, marchaba a visitar a su antiguo abogado y éste le contentaba con cuatro palabras, alimentando sus pueriles fantasías. Seguramente, aquella tarde, alguien debió de llamarle al teléfono para, con engaños, llevarle al despacho de ese Paterson.

—¿Cree, pues, que lo que se pretendía era asesinar a Richard Paterson y que usaron a su padre como tapadera para encubrir su delito?

—Algo así. De todas formas, lo único que a mí me consta es que mi padre es completamente inocente de lo que se le ha imputado.

No se trata de que yo lo defienda contra viento y marea por ser mi padre. Es que lo conocía muy bien y él nunca fue capaz de una barbaridad así. Estoy segurísima.

La muchacha pronunció las últimas palabras con acento de profunda convicción. Después guardó silencio.

—¡Mire, Linda! —le dijo Nick, tras una larga pausa meditativa—. Yo no quiero opinar, en principio. Ni conocía a su padre ni sé del asunto más de lo que han dicho los periódicos. Ahora bien; después de oírla a usted, creo que merece la pena meter las narices en el asunto. Le haré unas cuantas preguntas: ¿Con qué engaños cree usted que pudieron llevar a su padre al despacho de Paterson?

—Lo ignoro. Por lo que explica la señora Sawyer, debió de ser algo relacionado con el dichoso pleito. En este sentido mi padre era muy crédulo y si alguien le insinuó que yendo a ver a Paterson el asunto se encarrilaría convenientemente, estoy segura de que no dudó un momento. No olvide que aspiraba a litigar de nuevo, entablando recurso.

—Otra cosa: Según parece, al abogado lo mataron con un arma blanca que, después, apareció junto al cadáver de su padre. ¿La vio usted?

—Sí; me la mostraron para comprobar si yo la reconocía como de nuestra propiedad. Era un vulgar cuchillo de cocina con la empuñadura de madera. Yo dije la verdad; que aquel cuchillo jamás había estado en nuestra casa y, entonces, dedujeron que mi padre debió de adquirirlo en algún almacén.

—Perfectamente. Solicitaré unos días de permiso y me dedicaré de lleno a la tarea. Si descubro algo revelador, no pararé hasta reivindicar como se merece la memoria de su padre.

—Pero... yo no podré pagarle, Barton.

—Ya me consideraré pagado suficientemente si le sirvo de algo, Linda. Jamás aspiré a tanto.

La muchacha le ofreció la mano en señal de agradecimiento y Nick la estrechó entre las suyas, besándosela.

CAPÍTULO IV

Durante tres días, Nick Barton trabajó a conciencia, sin vislumbrar la posible rendija por dónde pudiera deslizarse la más ligera sospecha.

Todo coincidía en calificar de única posible la solución a que se había llegado, a punto ya de ser sancionada oficialmente. Se entrevistó con el fiscal del distrito, Edward Alwin, en su calidad de investigador privado al servicio de la hija de Raymond Kane, para informarse detalladamente de cómo había discurrido todo el asunto, y éste le endosó el engorro a Mc Coy, como el personaje más indicado por ser él precisamente quién había llevado todo el peso de las investigaciones.

La entrevista con el teniente Mc Coy fue muy poco cordial. Se comprende. La policía detestaba a aquellos detectives privados que, llevados generalmente de un afán de lucro no muy limpio, le sacaban el dinero a los familiares de los encausados, so pretexto de enderezar algún supuesto entuerto de la justicia oficial. Legalmente, estos investigadores estaban en su derecho y las autoridades policíacas y fiscales no tenían más remedio que acceder a sus demandas, si bien, como se comprenderá, no lo hacían de un modo muy amable.

—¿Pretende usted enmendarnos la plana? —le preguntó Mc Coy agriamente, cuando Barton expuso su pretensión.

—Lo único que pretendo es servir concienzudamente a mi cliente. Usted sabe que, si así lo quiere, tiene derecho a saber cómo han ido las cosas, antes de que el fiscal eche la firma.

—No tiene que recordármelo. Lo sé perfectamente y no tengo inconveniente en ilustrarle como es debido. Creo que quedará satisfecho.

Barton pudo leerse todo el sumario de actuaciones y documentos anejos, sin que nada llamase especialmente su atención. Por el

contrario, ciertos detalles inéditos subrayaban todavía más la culpabilidad del padre de Linda, como, por ejemplo, el descubrimiento de sus huellas dactilares en la empuñadura del arma asesina.

Nick Barton se limitó a hacer acopio de cuántos datos pudieran encarrilarle por la fantástica pista que insensatamente se esforzaba por encontrar.

Tras un detenido estudio del plano del despacho donde tuvo lugar el asesinato, y algunas preguntas aclaratorias, llegó al convencimiento de que el asesino tuvo necesariamente que entrar y salir por la puerta que daba a la planta, puesto que las dos ventanas —una en el despacho privado y otra en la sala de espera—, únicos huecos más de acceso al exterior, daban a una fachada que era completamente lisa, sin que se apreciases en ella molduras ni aleros de ninguna clase. El asesino tenía que ser, pues, alguno de los personajes ya conocidos.

Otro dato que le interesó, con vista a futuras cábalas, fue la peculiaridad del despacho privado de la víctima. Según se comprobó, la estancia contaba con tabiques aislantes al ruido. Como también las dos puertas aparecían perfectamente enguatadas, cuando éstas quedaban cerradas ningún sonido del exterior podía filtrarse en el despacho, y viceversa.

Del informe que emitía el forense sobre la autopsia realizada en el cadáver del suicida, destacó el hecho de presentar éste una fuerte contusión sin fractura en la parte posterior del cráneo producida, sin duda, en el curso de la caída por el precipicio, al chocar con algún «cuerpo blando».

Estudió detenidamente las diversas declaraciones y, por último tomó cumplida nota de los nombres y direcciones de cuántos personajes habían intervenido en el drama.

Al concluir la tarea, Mc Coy le dijo burlonamente:

—¿Qué? ¿Algún reparo que oponer?

—No. Ustedes han trabajado perfectamente.

—¡Vaya! No sabe cuánto nos alegra la noticia.

De las múltiples indagaciones llevadas a cabo en el curso de aquellos tres primeros días, no surgió nada realmente revelador; al contrario, todo parecía subrayar la culpabilidad del suicida.

Nick se puso en contacto con la señora Humphrey y, de su

charla con ella, sacó la impresión de que, en principio, ni la secretaria, Margaret Simpson, ni el pasante, Oscar Landog, podían despertar las más mínimas sospechas. Ambos personajes habían permanecido juntos el día de autos, sin perderse un solo momento de vista, desde que, a las tres en punto, Paterson inició las consultas hasta que, a las cuatro menos diez, se descubrió su asesinato. Ninguno de ellos pudo, pues, cometer el delito aisladamente. Sólo existía la remota posibilidad —a la que ya se aludió— de que previamente, se hubiesen puesto de acuerdo para asesinar a su jefe, amañando después las declaraciones, pero tal probabilidad se esfumaba, considerando que, según la señora Humphrey, ambos personajes no mantenían relaciones muy cordiales desde hacía dos meses, fecha en la que el pasante anunció su compromiso matrimonial con cierta señorita, defraudando así las secretas esperanzas que Margaret Simpson albergaba de casarse algún día con Oscar Landog, detalle este que la señora Humphrey conocía por repetidas confidencias de la secretaria.

Desconociéndose, como se desconocían, los supuestos móviles que hubiesen podido impulsar a ambos jóvenes a atentar mancomunadamente contra la vida de su jefe, sólo restaba, apurando las últimas posibilidades, cerciorarse de que materialmente tampoco cabía esta hipótesis, que es lo que hizo Barton.

Después de su conversación con la señora Humphrey, quedó convencido de que mal podían haberse puesto de acuerdo aquellas dos personas, cuyos antecedentes no daban pie a pensar que mantuviesen relaciones muy cordiales.

Inquirió cuántos detalles conocía del asunto y que pudiera confirmarle su interlocutora, no apreciando en sus respuestas la menor contradicción. Sólo en un extremo la declaración de la señora Humphrey parecía corroborar el punto de vista de Linda, al asegurar que su padre no podía ser el asesino: Según le dijo a Nick, cuando Raymond Kane salió del despacho y avanzó por el pasillo para marchar a la calle, ella le franqueó la puerta del departamento sin que observase en él nada anormal. El señor Kane se condujo con entera naturalidad, y despidióse muy amablemente de ella, sin ofrecer la menor señal de apresuramiento o nerviosismo que cabría suponer en cualquier persona que acabase de cometer un delito

semejante. Salvo este extremo, al que, como se comprenderá, aisladamente, no podía dársele mucha importancia, todo lo demás seguía señalando al padre de Linda como el único culpable posible.

El primer chispazo surgió en la tarde del tercer día de incesantes pesquisas. Nick pasó por el despacho de Edward Carey, el abogado que defendió los intereses del padre de Linda en el viejo asunto del atropello. Trataba de localizar al misterioso sujeto que telefoneó a Kane el día de autos, provocando su salida a la calle, según manifestaciones de la señora Sawyer, y pensó que, de existir tal sujeto, bien podría ser aquel individuo, de quien, por otra parte, no le habían dado buenas referencias.

El despacho del tal Carey, situado en Thompson St., en un sucio edificio destinado a viviendas, no ofrecía un aspecto muy próspero ni muy limpio, como lo pregonaban las desconchaduras de las paredes y el mobiliario viejo y desvencijado. Tampoco Edward Carey producía una impresión muy favorable. Era un hombre maduro, pequeño y encorvado, con ojos diminutos eternamente suspicaces. Recibió a Nick en su despacho, rodeado de estanterías atestadas de legajos polvorientos.

Una mujer, con aspecto de solterona avinagrada, le había pasado la tarjeta del visitante y, ahora, el hombre, parapetado tras de su mesa, clavaba en Nick sus diminutos ojos, mientras mantenía en su mano derecha la tarjeta que le acababan de entregar.

—Usted dirá...

—No vengo para consultarle ningún asunto —le dijo Nick—, sino, en ejercicio de mi profesión, como agente privado de investigación, al servicio de la hija de uno de sus clientes.

—¿Qué cliente?

—Raymond Kane.

—Ese señor fue, en efecto, cliente mío, pero ya no lo es.

—Mal podría serlo, puesto que ha muerto.

—Lo sé. Lo decía en el sentido de que, actualmente, ya no trabajaba para él. Su asunto hacía ya tiempo que estaba liquidado. Mi actuación como abogado del señor Kane, quedó bien clara; cobré los honorarios justos y nada tengo que temer. ¿Qué pretende de mí la hija del señor Kane?

—Nada. Mi misión no consiste en investigar la regularidad o irregularidad de su actuación como abogado en aquel negocio del

señor Kane. Comprenderá que, en este caso, la designación habría recaído sobre un colega suyo. Vengo aquí, por propia iniciativa, para ver si usted consiente en ayudarme en mi tarea.

—Ignoro sus propósitos. ¿Qué pretende?

—¿Está informado del fin que ha tenido el señor Kane?

—Sí, y créame que lo lamento. Nunca creí que ese hombre se decidiese a llevar a cabo una barbaridad así.

—Me alegra que su opinión concuerde, en cierto modo, con la de la hija del difunto. La señorita Kane está plenamente convencida de que su padre es inocente del asesinato que se le imputa.

—Es natural, tratándose de la hija. Yo sólo he dicho que no le creí capaz de matar a Paterson, no que no lo haya hecho. El asunto parece que está muy claro.

—Parece —recalcó Barton, significativamente.

Edward Carey bajó la cabeza y, tras cortos segundos de meditación, volvió a alzarla. Sonrió.

—¡Comprendo! Usted trata de investigar lo que haya de cierto en la presunción de la señorita Kane.

—Para eso me pagan. El día del asesinato de Paterson, alguien telefoneó al señor Kane, en su domicilio, para, con engaños, llevarle al despacho de Dick Paterson, donde, poco después, había de producirse la tragedia. Se le diría que el viejo pleito del atropello podría abocar a una feliz solución, si se entrevistaba aquella misma tarde con el señor Paterson, enfocando el asunto desde determinado punto de vista.

—¡Absurdo! Ese pleito ya hace tiempo que se falló a favor del cliente de Paterson.

—Lo sé, pero también me consta que el señor Kane alimentaba respecto al asunto absurdas aspiraciones, sin querer admitir lo que ya era evidente por sí mismo: que estaba fallado. Es más, sé que le telefoneaba a menudo, insistiendo tozudamente en el tema y que usted, compadecido quizás de su chifladura, no se atrevía a desengañarle de una vez. ¿Me equivoco?

—Traté, en principio, de hacerle comprender la realidad de la situación y, en vista de que no había forma humana de convencerle, opté, a lo último, por llevarle la corriente.

—Perfectamente. ¿Y por qué reputa, entonces, absurdo, dada esta chifladura suya, que alguien lo pudiese llevar aquel día con

engaños al despacho de Paterson?

El abogado se removió inquietamente en el sillón, antes de responder. Finalmente, miró a su interlocutor con las cejas fruncidas, en la actitud de quien acababa de adoptar una decisión súbita.

—¡Conformes! Admito esa teoría suya. Ahora, dígame, ¿qué pretende de mí?

—Que me ayude generosamente en mi humanitaria tarea, señor Carey.

—No creo que pueda hacerlo.

—Tal vez sí. Si el que le telefoneó al señor Kane aquel día usó ese truco para llevarle al despacho de Paterson, es porque, sin duda, conocía perfectamente su chifladura y estaba muy bien informado de los detalles del viejo pleito. Pensé que usted, que fue su abogado en aquel asunto, sería la persona más indicada para saber qué sujetos podrían estar en situación de telefonarle.

—Todos los que le conociesen. El señor Kane, llevado de su manía, no tenía otro tema de conversación que el dichoso pleito.

—¿Y no podría apuntarme algún nombre?

—¡Dios me libre! Si eso que me explica es cierto, al señor Kane le pudo telefonar cualquiera de sus numerosos conocidos o amigos. Incluso, en teoría... yo mismo. Nadie mejor informado. ¿No le parece?

El abogado había hablado con evidente ironía y Barton lo contempló en silencio. Finalmente, habló:

—Yo no he insinuado tal cosa, señor Carey.

—¡Pero lo ha pensado, que es lo mismo! —replicó el abogado con viveza, alzándose del asiento. Después, se situó frente a Barton, de pie, y continuó:

—Mire, joven; considero que la entrevista no tiene ya el menor interés, ni para usted, ni para mí. Ni yo le puedo proporcionar dato que le interese, ni para mí supone el menor beneficio o perjuicio prolongarla. ¿Qué le parece si la interrumpiésemos en este punto? Tengo trabajo pendiente.

—¡Bien! —exclamó Nick, levantándose—. Puesto que usted lo quiere así...

Saludó con una inclinación de cabeza y se encaminó a la salida. Ya había puesto la mano en el picaporte de la puerta, cuando,

inesperadamente, resonó a sus espaldas la voz del abogado:

—¡Oiga, joven! No se vaya todavía.

Retiró los dedos de la puerta sobre sus talones. Edward Carey le contemplaba, apoyado de espaldas sobre el tablero de la mesa.

—No sé por qué procedo así con usted —le dijo—. Tal vez, porque me recuerda vivamente a cierta persona. —Dio la vuelta a la mesa y abrió un cajón, de donde extrajo un retrato, que mostró a Barton—. ¡Mire!

Nick vio a un joven vestido de militar, cuyo rostro guardaba una evidente semejanza con el suyo.

—En efecto, tenemos cierto parecido.

—¿Quién es?

—Mi hijo Edwin. Lo mataron en Francia, durante la guerra.

—Lo lamento. ¿Qué iba a decirme, señor Carey?

—¡Síntese!

Barton obedeció en silencio y el abogado, después de reintegrar el retrato al cajón, se dirigió a él, diciéndole:

—Voy a aconsejarle como si me dirigiese a mi propio hijo, Edwin. Joven, abandone ese asunto que lleva entre manos.

—¿Por qué? —preguntó Barton, componiendo un gesto de profunda sorpresa.

—No le conviene.

—Sigo sin entenderlo. Suponiendo que nada logre averiguar, yo cobraré mis honorarios lo mismo. ¿En qué puede perjudicarme?

—En más de lo que usted cree. Le diré, en principio, que mi sincera opinión coincide exactamente con la señorita Kane. Su padre no asesinó a Paterson. Otro cometió el delito, el mismo que empleó a Raymond Kane de cebo para engañar a la policía.

—¿Quién?

—Lo ignoro, pero así es.

—¿Y en qué basa su creencia?

—Raymond Kane me telefoneó el día del asesinato a las tres y veinte, o sea, minutos después de abandonar el despacho de Paterson.

—¿Qué quería?

—Me llamaba para cerciorarse de que yo estaba en el despacho y anunciarme que vendría hacia aquí inmediatamente, porque quería hablar conmigo. Me explicó que acababa de entrevistarse

con Paterson, quien, según él, lo había llevado a su despacho valiéndose de otra persona, para tratar de llegar a un acuerdo en el antiguo asunto del pleito, si Kane desistía de presentar recurso ante el Tribunal del Estado. Pero después, cuando se encaró con él, el viejo zorro de Paterson trató de desmentirse, diciéndole que él no le había llamado en absoluto, con el evidente designio de que Kane, desanimado, se decidiese a renunciar a sus plenos derechos, conformándose con una cantidad mucho menor que la exigida en concepto de indemnización. Claro que él no había caído en el ceпо. Se limitó a aceptar su juego y a despedirse de Paterson en la seguridad de que éste volvería a llamarle en otra ocasión para, al fin, poner las cartas boca arriba. En resumidas cuentas, como yo podía comprender, el asunto presentaba ahora un cariz formidable, y urgía iniciar lo del recurso para amedrentar todavía más a Paterson. De esto quería que hablásemos aquella misma tarde extensamente.

—¡Eso es interesantísimo! ¿Vino aquí el señor Kane?

—No, no. Me excusé. Le dije que tenía que resolver algo muy urgente y que ya le avisaría en momento oportuno, cuando hubiese estudiado atentamente la nueva situación. Fue lo primero que se me ocurrió para quitármelo de encima. El hombre despidióse de mí muy alegre, y yo pensé que algún gracioso al tanto de su manía, le había gastado una broma de dudoso gusto, haciéndose pasar por un emisario de Paterson. Fue después, al día siguiente, al leer el periódico, cuando comprendí el alcance de la supuesta broma; alguien había montado todo aquel tinglado para asesinar a Paterson y presentar al infeliz Kane como autor del delito. Usted me ha confirmado lo que él me dijo: que un desconocido le telefoneó a su casa para, ladinamente, llevarle al lugar del crimen. De todas formas, aun sin esta confirmación, mi juicio ya estaba formado. No tiene sentido, si él mató a Paterson, que me telefonease a los pocos minutos del asesinato para explicarme todo aquel galimatías, fingiendo una alegría que no podía sentir. ¿Qué opina usted?

—Lo mismo. Que eso demuestra que el señor Kane es inocente. Pero resulta extraño que usted no haya informado oportunamente a la policía de tan importante extremo, señor Carey.

—¿Qué ganaría?

—Contribuir a que los verdaderos asesinos purguen su delito y a

rehabilitar la memoria de un inocente.

—No me conviene. Usted es muy joven y no tiene mi experiencia. ¿Ignora que la víctima era el abogado de Lucky Bozzano, de Tommy Callender, del famoso Ducco y de otros poderosos personajes de no menos triste renombre? ¿Quién pudo asesinar a Paterson, sino Kane? Posiblemente, algunos de estos distinguidos clientes suyos. No me agradecería mucho tener por enemigo a uno de esos tipos, ¿comprende?

—¡Ya!

—Tampoco creo que a usted le convenga. Abandone este asunto, que oficialmente ya está resuelto, y dedíquese a trabajos menos peligrosos. ¡Ah! y olvídense de lo que le he contado. Si alguien intenta que yo le confirme que Kane me telefoneó momentos después de abandonar el despacho del asesinado, yo nada sabré de tan gratuita fantasía, ¿comprende? Y esto es cuanto quería decirle. Nunca me franqueé de este modo con nadie. Agradézcaselo a mi hijo Edwin, a quién usted me recuerda.

—¡Muchas gracias!

Nick se puso de pie, y el viejo abogado le acompañó hasta la puerta.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó.

—Tengo que meditarlo —respondió Barton, brillándole los ojos.

Edward Carey se echó a reír. Pero era una risa cascada y triste.

—¡Suerte! —le dijo, poniendo su seca mano en el hombro de Nick.

CAPÍTULO V

La entrevista con el viejo Carey había tenido la virtud de poner en tensión su espíritu, al llegar al convencimiento de que la corazonada de Linda tenía una base cierta. Antes de su visita al abogado, Nick sólo actuaba llevado de sus vehementes deseos de servir a la mujer que amaba, pero con poquísimas esperanzas de confirmar presentimientos tan poco racionales. Ahora, un vivo rayo de luz había iluminado la oscura senda, y ningún peligro, por grande que fuese, sería ya capaz de apartarle de ella.

¿Habría algo más hermoso que proporcionar a Linda la inmensa alegría y consuelo de ver borrada la mancha que había caído sobre su padre y en manos de la Justicia a los auténticos culpables, los que en verdad habían asesinado a Paterson y preparado el «suicidio» de Raymond Kane? Esto último venía a ser una consecuencia lógica, una vez admitida la inocencia de Kane. Cuando el padre de Linda marchó del despacho de Paterson y salió a la calle, alguien debió de secuestrarle o, con engaños, conseguir llevárselo a algún ignorado lugar y, al oscurecer, trasladarlo al solitario paraje de Long Islang, en donde le golpearon hasta hacerle perder el conocimiento —la famosa contusión del cráneo al chocar con un cuerpo «blando», de que hablaba el informe forense—, para, seguidamente, despenarlo, simulando el suicidio. Algo así. Lo indudable era que en todo aquel embarullado asunto había un cerebro director y una banda muy bien organizada, cuyos elementos, como múltiples brazos ejecutores, actuaron dentro y fuera del despacho, matando a Paterson, secuestrando a Kane, trasladando el arma homicida con la que asesinaron al «amigo Dick» desde su oficina al acantilado, donde apareció el cadáver de Kane... en fin, montando a la perfección el diabólico tinglado que había de engañar a la policía. ¿Formaría Edward Carey parte de aquella banda de asesinos? Nick consideraba absurda la idea. No

tenía sentido que un cómplice de la criminal conjura le informase de un hecho que, cierto o no, tendría la virtud de provocar la claridad en su cerebro. Y esto es lo que había conseguido el viejo Carey al informarle de su charla telefónica con el padre de Linda, dato que de ninguna forma habríale suministrado de haber tenido alguna intervención en el asunto.

Había, pues, que desechar la hipótesis y admitir la buena fe del abogado. Por otra parte, la teoría que había esbozado en su presencia, señalando a ciertos clientes de la víctima como posibles autores de los dos delitos, no carecía de lógica y encajaba con las circunstancias que parecían encauzar el desarrollo de los acontecimientos.

¿Acaso aquel famoso Ducco, monopolizador en un tiempo de las engañosas máquinas tragaperras, o Tommy Callender o el no menos conocido Lucky Bozzano, no disponían de sobrados medios y de los pistoleros a sus órdenes necesarios para tomarse cumplida venganza de alguna mala faena del «amigo Dick», disponiendo los acontecimientos en la forma que parecían dibujarse? ¡Claro que sí! Y ésta era una pista que merecía la pena de estudiarse detenidamente.

Aquella misma noche, se dirigió al domicilio de Oscar Landog, el pasante de la víctima, y habló con él extensamente. Oscar Landog no podía comprender el interés del visitante por informarse de ciertos extremos en un asunto que ya estaba fallado, y Nick tuvo que poner las cartas boca arriba.

El pasante juzgó absurdas la presunciones de Nick; de todas formas, se avino a informarle con arreglo a sus deseos.

No; ninguno de aquellos equívocos clientes de su difunto jefe podía tener la menor queja del «amigo Dick» que le impulsase a vengarse de él, matándole. Le pagaban espléndidamente y hubiera sido una verdadera locura obrar torcidamente con ellos, creándose de este modo su enemistad y cegando una de sus más importantes fuentes de ingresos. ¡Imposible! Estaba seguro de que Dick Peterson les había servido siempre con absoluta fidelidad, sin defraudarles jamás en sus intereses.

—¿Y no posee noticia de que su jefe hubiese tenido algún roce, del orden que fuera, con alguno de esos personajes?

—Ninguno. Mantenía con todos ellos relaciones muy cordiales.

Todos le apreciaban.

Media hora duró la entrevista, sin que en el curso de ella sacase Nick el menor fruto, pero al finalizar ésta surgió inesperadamente el nuevo chispazo revelador. Se había despedido de Oscar Landog, cuando, impensadamente, éste volvió a llamarle.

—¡Oiga! Ahora me acuerdo de un detalle que tal vez pueda interesarle. Hasta este momento no le había concedido la menor importancia, pero, después de lo que usted me ha contado, ya no pienso lo mismo.

—¿De qué se trata?

—Verá... Ayer, por la mañana, me tropecé casualmente con un viejo cliente nuestro, un tal Arnold

O'Brien.

Nos saludamos y estuvimos haciendo los comentarios de rigor sobre la desgracia ocurrida. El señor

O'Brien

me dijo que, precisamente, la tarde del asesinato se había encaminado a nuestro despacho, porque quería consultar a mi jefe sobre cierto asunto. Ascendió a la planta y, cuando ya iba a abrir la puerta de la oficina, le interceptó el paso un individuo, que se le presentó como policía, informándole que, en aquel momento, el señor Paterson no podía recibir a ningún cliente por estar reunido con sus jefes, que habían ido allí en misión oficial. El señor

O'Brien

preguntó qué ocurría, y el hombre se limitó a decir que no estaba autorizado para hablar. De todas formas, el señor

O'Brien

insistió en saber si aquella misma tarde podría entrevistarse con el señor Paterson y, entonces, el policía le dijo que aguardase allí mismo, y, penetró en la oficina para transmitir el recado. A los dos o tres minutos, volvía a salir, informándole que el señor Paterson reanudaría su consulta pasada hora y media. El señor

O'Brien

marchó a su domicilio y, al final, decidió aplazar la visita. Cuando al día siguiente se enteró, por la Prensa, de lo sucedido, discurrió que su llegada al despacho de Paterson debió de ocurrir momentos después del asesinato de éste, y que el aludido policía no quiso franquearse con él. Pero al adentrarse en la lectura del relato que

detallaba el suceso, le chocó que allí se afirmase que el asesinato no se descubrió hasta las cuatro menos cuarto, cuando él estaba seguro de haber intentado penetrar en el despacho de Paterson poco después de las tres. Precisamente, al decirle el policía que podría ver a Paterson pasada hora y media,

O'Brien

consultó su reloj, que señalaba las tres y diez. Yo le confirmé el dato que daba la Prensa y traté de convencerle de que, indudablemente, su reloj marcharía mal o que no habría mirado bien la hora. El señor

O'Brien

no quedó muy conforme, pero tuvo que aceptar que quizá se hubiese equivocado, ya que, de otra forma, no se comprendía la presencia del policía a la puerta. Y éste es el detalle de que quería informarle.

Nick Barton, que había escuchado el relato con el más vivo interés, se inmovilizó pensativo, sin despegar los labios, y Oscar Landog añadió:

—Se lo he contado, porque, desde su punto de vista, tal vez ofrezca cierto interés...

—¡No lo sabe usted bien! —interrumpió Barton, clavando sus ojos súbitamente en el pasante—. ¿Dónde podría ver a ese señor O'Brien?

—Vive en la Cuarta Avenida, por la altura de la Calle 50. En la guía estará su teléfono. Se la traeré.

Después de anotar las señas de Arnold

O'Brien.

Nick se despidió de Oscar Landog y marchó presurosamente a la calle. Ardía en deseos de ver confirmada una apasionante sospecha. De ser así, un nuevo horizonte se abriría ante su mirada.

Hora y media más tarde, sus esperanzas veíanse colmadas. Arnold

O'Brien

ratificó cuánto había manifestado el pasante de la víctima. Él estaba convencido de haber llegado al despacho de Paterson a las tres y diez del día de autos, pero puesto que todo el mundo afirmaba que la policía no pudo hacer acto de presencia en el lugar del suceso hasta después de las cuatro menos cuarto, que fue cuando se

descubrió el cadáver, por fuerza tuvo que ser víctima de una equivocación que aún no conseguía comprender.

—¿Podría describirme al policía con quien habló? —le dijo Barton.

—Era un individuo de unos treinta años, de mediana estatura, un poco grueso y moreno, de barba afeitada, negra y espesa. Vestía una trinchera clara y un sombrero flexible verde, con el ala echada sobre los ojos. No recuerdo más detalles.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Nick, brillándole la mirada—. ¡Muchas gracias, señor O'Brien!

Su intuición se había convertido en deslumbrante certidumbre. La descripción que Arnold

O'Brien

acababa de hacerle sobre el individuo que atajó su paso a la entrada del despacho de Paterson, coincidía exacta con la que la señora Humphrey le había proporcionado relativa a aquel último visitante del día de autos que, en el vestíbulo, se limitó a informarse de los clientes que aguardaban en la salita de espera, para, acto seguido, ausentarse, declarando que volverían más tarde o al día siguiente.

Ambos personajes —el supuesto policía y el supuesto cliente— eran el mismo sujeto. De esto no cabía la menor duda. Aparte de la reveladora coincidencia de ambas descripciones físicas, otras circunstancias reforzaban el aserto. También los factores de tiempo y lugar coincidían exactamente en ambos relatos. Según la señora Humphrey, aquel último cliente penetró en el vestíbulo a las tres y diez aproximadamente, la misma hora por la que el señor

O'Brien

afirmaba, en principio, haber llegado a la planta. Y así había sido, en efecto. El error en la apreciación de la hora, que tan extraña juzgaba el señor

O'Brien,

no había sido tal error, sino la consecuencia lógica de constarle que el asesinato no se descubrió hasta las cuatro menos cuarto, junto con la falsa convicción de creer haber llegado al despacho cuando ya la policía intervenía en el asunto.

Ahora, aparecía evidente ante los ojos de Nick, que Arnold O'Brien

no había sufrido la menor equivocación. Cuando pisó la planta, no eran, en efecto, más de las tres y diez. Conversó con el «policía» y, al insistir en saber si podría entrevistarse aquella misma tarde con el abogado, aquél se vio obligado a fingir informarse de su deseo. Para ello, mientras

O'Brien

le aguardaba, entró en la oficina, representando ante la señora Humphrey el falso papel de cliente, para, segundos después, volver a salir y decirlo a

O'Brien

lo que ya se sabe.

¿Qué concreta misión desempeñaría aquel sujeto vigilando la entrada de la oficina de Paterson?

A la vista de lo recientemente descubierto, la respuesta no se revelaba muy dudosa: Impedir que, *en aquellos* momentos, ningún otro cliente pudiera entrar en el despacho. ¿Y cuáles serían los móviles que le impulsarían a tal conducta?

Nick Barton se dedicó a estudiar detenidamente la situación tal como se ofrecía dentro de la oficina *en aquellos momentos*, o sea a las tres y diez del día de autos, para tratar de imaginárselos.

Con arreglo a sus cálculos, *en aquellos momentos*, en el interior del local, se encontraban las siguientes personas:

En el vestíbulo: La señora Humphrey, atenta a recibir a los visitantes.

En la Secretaría: Oscar Landog y Margaret Simpson, ocupados en sus respectivos trabajos.

En el despacho privado: Dick Paterson atendiendo al primer cliente, Raymond Kane, quien, minutos más tarde, saldría para marchar a la calle, según testimonio de la señora Humphrey.

En la sala de espera: Los clientes señores Smith, Galloway y Statler que, por este orden, aguardaban su turno.

Es decir que, admitiendo que Kane no era el asesino, en aquel instante Paterson gozaba de perfecta salud, o, lo que es lo mismo, que el asesinato tuvo que cometerse a partir de unos cinco minutos más tarde, momento en que el padre de Linda abandonaba el despacho para marchar a la calle.

Ante estos hechos, sólo cabía pensar que el individuo de la trinchera que cerró el paso al señor

O'Brien

a la entrada de la oficina, sabía que se iba a matar a Paterson en cuanto saliese Kane, y que si él no impedía la entrada en el local a aquel cliente, el asesinato se frustraría o, cuando menos, tropezaría con graves inconvenientes para su ejecución. Ahora bien, ¿qué grave inconveniente podría representar para el asesino la presencia del señor

O'Brien,

aguardando su turno en la salita de espera —en donde con seguridad le habría introducido la señora Humphrey—, en compañía de los señores Smith, Galloway y Statler?

He aquí la pregunta, que se hizo repetidamente Barton sin encontrar, en principio, respuesta satisfactoria. Cuando, al final, creyó hallarla, el enigma de la muerte de Paterson quedaba, a su juicio, resuelto; cuando menos, la hipótesis que se forjó explicaba satisfactoriamente acontecimientos que, de otra forma, no podían comprenderse, una vez admitida la inocencia de Kane.

Barton se dijo que precisamente los tres clientes que aguardaban en la sala de espera, deberían ser los hombres designados para asesinar a Paterson. Por eso el de la trinchera no quiso que Arnold O'Brien

entrara en el local, porque, de hacerlo, todo el plan hubiera fracasado.

Cuando Kane salió del despacho. Paterson debió de franquear la puerta que comunicaba con la salida, invitando a pasar al siguiente cliente, señor Smith. Y éste fue quien lo debió de matar, ayudado, tal vez, por sus cómplices. Consumado el delito, los tres hombres marcharían del despacho, cerrando la puerta, para volver a ocupar sus asientos en la sala de espera, hasta que a las cuatro menos cuarto, el llamado Smith salió al vestíbulo y llevó a cabo la relatada comedia que dio por resultado el descubrimiento de un cadáver.

Lo demás ya era conocido o se intuía sobradamente. Todo estaba dispuesto para que Raymond Kane apareciese como único autor del delito, y los asesinos contaban con las magníficas coartadas que suponían las coincidentes declaraciones de aquellos tres clientes, que, oficialmente, no se conocían de nada.

Aquella noche, Nick Barton, recordando que el turno de Linda finalizaba a las diez, se encaminó al

«Boni's».

Una alegría febril embargaba todo su ser. En cuanto entró en el bar y saludó a la muchacha, ésta le miró intrigada.

—¿Qué le ocurre?

—Nada. Pasaba por aquí y pensé que tal vez le agradecería que la llevase en el coche a su casa. ¿No termina ahora el trabajo?

—Sí. Dentro de unos minutos.

—La esperaré.

Se sentó a la barra y estuvo conversando alegremente con Fred, hasta que Linda terminó y se despojó de la bata.

—¡Hasta otro rato, Fred!

Salieron a la calle y ascendieron al coche. Ya iba Nick a ponerlo en marcha, cuando la mano de Linda se posó en su brazo, impidiéndoselo.

—¿Me dirá ahora mismo lo que ha pasado?

—¡Diablos! —rió Nick—. ¿Por qué cree que ha ocurrido algo?

—Se le nota a cien millas.

—¿Tan mal disimulo?

—Pésimamente.

—¡Mala cosa es ésa para un detective! Pero, en fin... Sí, Linda, creo que hoy es uno de los días más felices de mi vida, quizá porque sé que le voy a proporcionar una gran alegría. Tenía usted razón: Su padre es completamente inocente de lo que todo el mundo le acusa. Me parece que ya sé cómo mataron a Paterson. Acabo de descubrirlo.

Informó detalladamente a la muchacha de los últimos acontecimientos, haciéndole, al mismo tiempo, partícipe de sus cábalas y deducciones.

—Como comprenderá —terminó diciéndole— el asunto no está ni mucho menos terminado, pero sí lo suficientemente enfocado, para tener la seguridad de que su padre fue una víctima más en esa criminal conjura, apenas esbozada, que aún queda por desentrañar.

—Sí, Barton —le dijo la chica emocionada—. Yo ya sabía que mi padre era inocente, pero sólo usted ha conseguido encontrar las pruebas en las que nadie creía. ¡No sabe cómo se lo agradezco!

—No hablemos de eso. Además, la tarea no ha terminado ni mucho menos.

—Bueno, pero con lo que usted ha averiguado, contándoselo a la

policía...

—¡Se engaña, Linda! —le atajó Nick—. La policía se cruzaría de brazos. Ese Carey negará haberme dicho que su padre le telefoneó al salir del despacho de Paterson, y el solo dato que supone la rara conducta del falso policía que vigilaba la entrada, no les animará a intentar la revisión de un caso fallado por ellos mismos, y que, a su juicio, estaba muy claro.

—¿Entonces?...

—Que hay que concluir lo que se ha empezado. Esta noche me trazaré con toda calma el plan de actuación, y mañana volveré a la tarea. ¿De acuerdo?

—Sí, Barton.

Arrancó el coche y, por el camino, Nick se dio cuenta de que Linda manteníase pensativa, respondiendo apenas a sus preguntas. El auto se detuvo, finalmente, frente a su casa y la muchacha descendió a la acera, ofreciéndole su mano, que Nick estrechó. Fue entonces, cuando salió inesperadamente de su actitud de retraimiento. Lo miró a los ojos y le dijo:

—Esta tarde, cuando salía del trabajo, Donald Farrell me estaba esperando en la calle.

A Barton le dio un vuelco el corazón.

—¿Ese individuo del «Lincoln», con quién salía usted antes? —inquirió, tratando de disimular.

—El mismo. Me dijo que quería hablarme. Trató de excusarse por su comportamiento conmigo a raíz de lo de mi padre. Yo le contesté que no tenía por qué molestarse en darme unas explicaciones que a mí ya no me interesaban, y le hablé de usted como de la única persona a quién yo apreciaba ahora. ¡Hasta mañana, Barton!

La chica se desprendió bruscamente de su mano y, sin volver la cabeza, ascendió presurosamente por la corta escalinata, hasta desaparecer por el portal.

Nick Barton se mantuvo inmóvil durante largo rato, sin conciencia exacta del lugar ni del tiempo. Se sentía inmensamente feliz.

CAPÍTULO VI

Cuando a las diez de la mañana siguiente, Nick Barton se echó a la calle, ya tenía ultimado su plan de actuación. Acababa de hablar por teléfono con la señora Paterson, la reciente viuda del abogado, solicitando entrevistarse con ella.

Antes de lanzarse, decididamente, sobre la pista de los tres sujetos, que, bajo el disfraz de clientes, habían asesinado, según él, al «amigo Dick», creyó oportuno procurar hacerse con el mayor número posible de bazas, que le ayudasen a llevar ventaja en el peligroso juego. La intuición de Edward Carey cobraba, a la vista de los últimos acontecimientos, cada vez más cuerpo en su ánimo. Sin duda, un poderoso cerebro director había dispuesto adecuadamente sus fieles peones, dentro y fuera del despacho del abogado, poniendo en marcha la criminal conjura. ¿Y quiénes más indicados para sumir este papel rector, que los Bozzano, Callender, Ducco y demás equívocos personales, habituales clientes del asesinado, en el caso de que éste los hubiese traicionado o defraudado en sus intereses? Pensó que si, de antemano, conseguía centrar sus sospechas sobre alguno de ellos, su futura tarea se vería grandemente desembarazada.

Por eso, había solicitado la entrevista con la viuda de Paterson, discurriendo que nadie mejor que ella podría orientarle en este sentido, en el caso de que la víctima —cosa bastante natural— le hubiese hecho alguna reservada confidencia.

La señora Paterson trató de excusarse, pero, al final, cuando Nick le dijo que se trataba de algo importantísimo, relacionado con la muerte de su esposo, accedió.

Ahora, marchaba para entrevistarse con ella, en el lujoso departamento de la Calle 40, donde vivía.

Una doncella le hizo pasar al suntuoso salón y, a los pocos minutos, la dama hizo acto de presencia. Barton quedó sorprendido.

Esperaba encontrarse con una mujer ya madura, en consonancia con la edad del difunto marido, y la realidad fue muy distinta. La reciente viuda sólo representaba unos treinta años, a lo sumo. Vestía de riguroso luto, y aquella circunstancia hacía resaltar más aún la indiscutible belleza de su rostro, de ojos verdes, enmarcados por la rubia y vaporosa cabellera. Un algo indefinible y exótico se desprendía de aquella mujer, que avanzaba, con ingrátida elegancia, a su encuentro, para cambiar los saludos de rigor. La dama hablaba inglés de modo correcto y con un acento encantador, eso sí, pero bastante extraño.

—Usted no es americana, ¿verdad? —le preguntó Nick.

—Oficialmente, sí.

—Bueno, quería decir oriunda de aquí.

—No; eso no. Nací en Polonia. Hace dos años, conseguí escapar de aquel infierno, pasando a la zona americana de Alemania. Me autorizaron a trasladarme aquí y, cuando contraí matrimonio con Richard Paterson, logré nacionalizarme. Una dolorosa etapa que creí haber superado definitivamente, sin sospechar la desdicha irreparable que me iba a arrebatar a mi marido. Pero... siéntese. Según me anunció, quería verme para hablarme de algo relacionado con la muerte de mi pobre Dick. Desde que ocurrió la desgracia, no tengo muchas ganas de recibir a la gente, y espero que el motivo de su visita justifique la rotura de mi voluntario aislamiento.

—Así lo espero yo también, señora.

Tomó asiento en un sillón, y la dueña de la casa lo hizo frente a él, en un amplio sofá.

—¿De qué se trata? —inquirió la mujer.

—De que usted me ayude a poner en manos de la Justicia a los asesinos de su esposo.

—¿Cómo? —se sorprendió la dama—. ¿Pero no ha quedado todo eso ya resuelto? Ese desdichado que lo mató se suicidó después y...

—¡Permítame! Se trata de la versión oficial, pero, a mi juicio, la realidad fue muy otra.

Nick Barton se explicó, detallándole todo lo ya conocido, y la mujer se mantuvo atenta al relato, sin interrumpirle ni una sola vez, mientras que en su rostro se reflejaban las naturales reacciones que las palabras del interlocutor despertaban en su ánimo.

—¡Dios mío! —exclamó, cuando Nick hubo acabado—. Yo

estaba convencida de que Dick había sido víctima del arrebato de un loco, y, ahora, usted me dice...

—Fundadamente, como podrá comprender. Hay detalles inequívocos. ¿O no lo cree usted así?

—¡Desde luego! Sólo que no me lo esperaba. ¿Piensa informar a la policía?

—No, y le ruego que también usted se abstenga de hacerlo. La policía se cruzaría de brazos, y nuestra denuncia sólo serviría para poner en guardia a los asesinos.

—¡Pero hay que hacer lo posible para que los canallas que han matado a mi marido reciban el castigo que merecen!

—Eso es lo que precisamente me propongo, señora. Pero tiene usted que ayudarme.

—Desde luego; todos los gastos que sean necesarios corren de mi cuenta y si, al final, consigue sus propósitos, no se quejará de la recompensa.

—No me ha entendido bien —sonrió Nick—. Yo ya trabajo para otra cliente, la hija del suicida, que desea ver libre a su padre del deshonor en que hoy se ve envuelto su nombre.

—Bien. Entonces, las dos correremos a medias con sus gastos.

—De esa señorita no percibo un solo centavo. Mi interés por servirla es puramente afectivo, ¿comprende?

La dama le miró atentamente a los ojos y, al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Su prometida?

—Aspiro a que lo sea. Por eso, precisamente, renuncio a cualquier ventaja material que pudiera brindárseme. La ayuda que de usted solicito es de otra índole.

—Una actitud que le honra —estimó la mujer, sonriendo—. Huelga decir que estoy a su completa disposición.

—Muchas gracias, señora. Le explicaré, entonces, de qué se trata —se concedió una pequeña pausa y prosiguió—: La forma en que ahora parece dibujarse el asesinato de su esposo, da pie a pensar en una complicada conjura, con intervención de numerosos elementos, sabiamente adiestrados por algún oculto y poderoso personaje. Sabiendo que su difunto marido era el abogado de ciertos individuos muy conocidos, de dudosa fama, cabe pensar que alguno de ellos haya podido ser el autor del criminal enredo, en el caso de

que su esposo estuviese en situación de perjudicarlo o le hubiese dañado en sus turbios intereses. Usted debió de contar con la absoluta confianza del señor Paterson, y este pudo muy bien hacerle alguna confidencia, en tal sentido, sobre algo de estos personajes, confidencia que, como comprenderá, tendría para mí, en estos momentos, un valor inapreciable.

—Entiendo. Lo malo es que mi esposo, aunque confiase ciegamente en mí, no solía hablarme de sus asuntos profesionales.

—¿Andaba preocupado últimamente?

—Pues... no sé qué decirle. Creo que no. Por lo menos, su actitud no correspondía a la de la persona que teme que le ocurra algo. Aquella noche precisamente, teníamos un invitado a cenar y, cuando por la tarde, marchó al despacho, Dick parecía sentirse muy animado. Por cierto, que ahora caigo en la cuenta de que el invitado que aquella noche esperábamos, era uno de esos personajes de quien usted sospecha: Tommy Callender.

—Ah, ¿sí? ¿Acostumbraba su marido a invitar a su casa a cenar a estos... clientes?

—No; nunca. El señor Callender era la primera vez que venía a la casa. Tal vez mi marido quisiese hablarle de algo.

—Y de algo muy reservado, si tenemos en cuenta que no quiso citarles en su despacho —completó Nick, altamente interesado—. ¿No le dijo nada su esposo sobre el motivo de la invitación?

—No, nada. El señor Callender se presentó puntualmente a la hora convenida. No se había enterado de lo ocurrido y, cuando se lo conté, quedó consternado. Después de las condolencias de rigor, se despidió y marchó. Quizá él sepa por qué Dick le invitaba a cenar aquella noche.

—Probablemente —admitió Nick, pensativo.

La entrevista no dio más de sí y Barton se despidió de la viuda, prometiéndole tenerla al corriente del curso de unos acontecimientos que tan hondamente le afectaban.

Al pisar la acera y dirigirse hacia donde había dejado estacionado el coche, su vista tropezó con el inesperado espectáculo de su desahuciado rival, Donald Farrell quien, en aquel momento, arrancaba con su lujoso «Lincoln» del otro lado de la calzada. Farrell no le había visto, y Nick dedicó una irónica sonrisa al ocupante del elegante auto que ya se alejaba.

CAPÍTULO VII

Malovan, de «Malovan-Borger», decía de Nick que era tan prudente como una tortuga, de una prudencia exasperante, pero que cuando, al fin, se lanzaba, lo hacía sin la menor vacilación, arriesgando el pellejo como el más pintado.

Lo que ocurría era que, estando en su mano, Barton jamás plantaba cara al peligro mientras algún trabajo previo de investigación pudiese colocarle en situación de afrontarlo, después de mayores garantías de riesgo, eliminando riesgos, a su juicio, imprevistos.

En aquella ocasión, fiel a su habitual táctica, prefirió armarse de paciencia y, por medio de la agencia, solicitar informes de dos de los sospechosos clientes, cuyos nombres y direcciones obraban en su poder, y que residían fuera de Nueva York. Del tercero, Stuart Smith, ya se encargaría él.

Se llevó una formidable sorpresa, Stuart Smith no resultó ser el equívoco personaje que había supuesto de antemano, sino un acreditado industrial, muy conocido en Fulton St., Brooklyn, donde era propietario de un moderno y vasto viraje. Las referencias fueron amplia y todas excelentes. Resultaba, pues, absurdo imaginar a aquel hombre en íntima relación con uno de los más poderosos *gangsters*, como brazo ejecutor a su cargo para ejecutar sus fechorías. De todas formas, los hechos así parecían indicarlo, y tendría que investigar a fondo en su vida privada.

Al día siguiente, este propósito quedaba arrumbado. Jamás en su corta, pero intensa carrera, se sintió Barton tan desconcertado como cuando tuvo en sus manos los informes remitidos de Trenton y de Filadelfia, sobre las respectivas de John Statler y de Galloway, los otros dos clientes. El primero era el dueño de la librería más importante de la ciudad, en donde nadie ponía en duda su solvencia y honorabilidad; el segundo resultó ser persona muy adinerada y

arquitecto de oficio.

Ya no le cupo a Nick la menor duda de que sus presunciones habían resultado falsas. ¡Imposible que aquellos individuos fuesen pistoleros a sueldo de Callender o de cualquier otro personaje de su calaña! Pero, entonces, ¿quiénes y cómo habían asesinado a Paterson? Una pregunta que ya no sabía de qué modo contestarse. Y, no obstante...

Al final, perdido en aquel laberinto contradictorio, decidió entrevistarse con Margaret Simpson, la secretaria del asesinado. Tal vez ella supiese de su antiguo jefe detalles, ignorados por el pasante y por la viuda, que arrojasen algún rayo de luz en aquel negro túnel de sombras.

Margaret Simpson vivía, con su familia, en un reducido departamento de Clinton St., y recibió a Barton amablemente, como si ya esperase su visita. Según le explicó, había hablado con la señora Humphrey y esta habíale informado de sus andanzas. Era una soltera impresionable, dada a las fantasías, y Nick se puso en guardia, sabiendo la poca confianza que merecen los testimonios de tales mujeres.

Desde el primer momento, se prestó, encantada, al diálogo. Lo mismo que el pasante, también ella estaba segura de que su jefe contaba con la plena confianza de todos sus clientes, de cualquier clase que fuesen, y que los Callender, Ducco, etcétera, no podían tener la mejor queja de él.

—¿Notó, últimamente, en su jefe algún motivo especial de preocupación?

—Sí. Le había cambiado el carácter.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, eso: que no parecía el mismo de antes. El señor Paterson, normalmente, era bastante comunicativo, y ya llevaba quince o veinte días conduciéndose de un modo huraño y reservado.

—¿Y cuál cree usted que sería el motivo de tal mudanza?

—Pues, a ciencia cierta, no lo sé.

—Pero supone algo, ¿verdad?

—Claro. El señor Paterson sentíase muy enamorado de su mujer, bastante más joven que él y, a lo mejor, estaba celoso, o ella no le correspondía... Estas cosas cambian el carácter a cualquiera. Una

vez me dijo: «Antes de casarse, piénselo bien, Maggie, y... siga soltera».

—¡Ya! ¿Quiere explicarme, ahora, todo lo detalladamente que pueda, lo que recuerde de aquella tarde, desde que entró su jefe en la oficina hasta que se descubrió su cadáver?

La secretaria, encantada, al parecer, del juego, empezó su prolijo relato, dando cuenta de cuantas incidencias le venían a la memoria, por menudas que éstas fuesen.

Explicó que, contra su costumbre, el señor Paterson, al subir aquella tarde de la calle, no asomó la cabeza por la secretaría, como solía hacer casi siempre, encaminándose sin más a su despacho, y que la primera, noticia que tuvo de su presencia se la proporcionó la señora Humphrey. Al poco rato, ella penetró en el despacho para hacerle entrega de la cotidiana lista de los asuntos y compromisos pendientes del día. Su jefe estaba hablando por teléfono y ella aguardó respetuosamente, de pie, al borde de la mesa, a que terminase.

—¿Con quién conversaba?

—No lo sé. Desde luego, era un hombre. Mi jefe le invitaba a que pasase por su casa aquella misma noche, a fin de informarle de algo muy importante.

—¿No sería una invitación para que fuese a cenar? —preguntó Nick, recordando su charla con la viuda.

—No, no; eso fue después, cuando telefoneó al señor Callender, recordándole que acudiese con entera puntualidad a su casa, asunto que, por lo visto, ya habían convenido anteriormente. Al primero, sólo le citó después de la cena.

—¿Y cómo, si ignora con quién hablaba su jefe, estaba segura de que el comunicante era un hombre?

—Porque al despedirse de él, le dijo: «De acuerdo, inspector. A las diez en punto le espero». Y, como comprenderá, a una mujer nunca se la llama inspector.

—Cierto. ¿No tiene idea, entonces, de quién pudiera ser ese inspector?

—Ninguna. Desde luego, un individuo ajeno por completo a los asuntos corrientes del despacho, ya que, de no ser así, yo habría tenido alguna otra referencia de él.

—¿Quedaron, pues, en que el desconocido pasaría por el

domicilio de su jefe?

—Sí; a las diez en punto. Con el señor Callender quedó citado una media hora antes.

Y ésta fue la parte de la entrevista que más interés despertó en el ánimo de Barton.

Media hora más tarde, ya en la calle, telefoneó a la viuda de Paterson. Le interesaba aclarar quién podría ser aquel misterioso inspector con el que la víctima habló por teléfono, según la referencia de la secretaria, amén de ver confirmado el detalle, al que, por cierto, para nada aludió la esposa del asesinado.

La mujer se puso al teléfono, citándole en su casa para una hora más tarde. Le anunció que deseaba comunicarle algo.

A la hora fijada, Barton acudió al departamento, y la dueña le recibió inmediatamente.

—¿Ha averiguado algo nuevo? —le preguntó, inmediatamente después de saludarle.

—Poca cosa. Me entrevisté con la señorita Simpson, y, según ella, aquella noche, además de Callender, que venía a cenar, su esposo había invitado a otro señor para verse con él aquí a las diez.

—¡Ah, es cierto! Pero ese señor no acudió aquella noche, sino al día siguiente. Por lo visto, ya estaba enterado de lo que había ocurrido y me dijo lo mismo que usted, cosa que yo ignoraba; que Dick le había citado la noche anterior y que si no vino entonces fue porque se informó de que lo habían asesinado. Entonces, venía a verme para saber si yo podía informarle de lo que mi esposo pretendía decirle aquella noche. Le respondí que mal podía saber el motivo, puesto que ignoraba incluso que Dick lo hubiese citado aquí, y el hombre se marchó. Aquélla era la primera vez que lo veía.

—¿Y no recuerda su nombre?

—No muy bien. Algo así como Cover. No estoy segura. Un individuo alto, de unos cuarenta años... ¿Era de esto de lo que quería informarse?

—Pues, sí. ¿Y usted qué deseaba contarme?

—Verá: Pensando en lo que me dijo sobre si alguno de «ésos» clientes no se llevaba bien con mi marido, me acordé de pronto, que dos días antes de la desgracia, me estuvo hablando de un tal Bozzano. No es que revelase ningún temor referente a él, pero me vino a la memoria una frase suya de entonces. Dick me dijo que el

tal Bozzano era un cliente espléndido, pero muy peligroso por ser hombre que no repararía en medios para vengarse de cualquiera que intentase jugar con él.

—¿No especificó más?

—No, no. Ya le digo que fue algo así como un comentario marginal. Al acordarme de la frase, pensé que debería decírselo. Tal vez sea una tontería mía haberle hecho venir hasta aquí para contarle eso solo.

—No, no. A veces, del detalle más insignificante surge la luz.

Se despidió de la mujer y tomó el ascensor. ¿Quién sería aquel segundo visitante y para qué lo habría citado Paterson? Cover... Inspector Cover... ¡Inspector Cover...! ¡¡INSPECTOR TOWER!!

La semejanza fonética de ambos apellidos, estampó en su cerebro las dos palabras: Inspector Tower, el renombrado jefe de la delegación de F.B.I. en Nueva York. ¿Sería precisamente éste el personaje con quien Paterson deseaba hablar aquella noche?

Cuando pisó la planta baja, caminó pensativamente hacia la salida. ¿Y si volvía de nuevo al departamento para tratar de confirmar...?

El inconfundible tableteo de una metralleta, le sacó de su abstracción. Venía de la calle. Salió afuera. Algunos transeúntes corrían asustados y sonaba estridentemente el silbato de un guardia en la esquina de la Cuarta Avenida, donde se arremolinaba la gente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nick cuando se unió al compacto grupo de espectadores.

—Desde un auto, unos tipos han ametrallado a un hombre que conducía otro coche —le explicó uno de los mirones—. Los pistoleros se dieron a la fuga y ése es el coche donde iba el individuo sobre quien dispararon. Han debido matarlo.

El vehículo se había subido a la acera, chocando con una farola, y, en aquel instante, sacaban de su interior a la víctima, que aparecía inerte y ensangrentada.

—¡Pero si éste es mi coche! —gritó Barton con asombro, reconociéndolo.

Avanzó, abriéndose paso entre el gentío y se dirigió a uno de los agentes.

—¿Qué ha pasado?

—¡Retírese!

—¡Es que ese coche es mío! Lo había dejado en la parada de la otra esquina.

—¿Ah, sí? Pues, no se vaya. Tiene que acompañarnos para declarar.

Barton se inmovilizó con la boca abierta.

CAPÍTULO VIII

En la Comisaría, Nick Barton se dio a conocer y el sangriento incidente se aclaró en parte, al identificarse la víctima como un conocido delincuente, especializado en robar los autos que sus dueños dejaban sin cerrar en la vía pública. Sin duda, el robacoches, aprovechándose del descuido de Barton, mientras éste estaba ausente, trató de hacer una de sus «faenas» y subió al auto para escapar con él a toda prisa. Pero no contaba con el otro coche que vigilaba y que debió arrancar al mismo tiempo, para pasar al lado suyo a la altura de la Cuarta Avenida, en donde sus ocupantes ametrallaron al conductor.

Lo que no entendía muy bien la policía, era que el «Chofer de Charing» —que así se apodaba el fichado robacoches— tuviese enemigos de tanta categoría, y sospecharon que tal vez éstos se hubiesen fijado más en el vehículo que en la persona que subió a él. Más claro: que los pistoleros hubieran sufrido una lamentable equivocación.

—¿Tiene usted enemigos entre gente de esa calaña? —le preguntaron a Barton.

—No. ¿Por qué?

—Es raro que esos tipos se hayan molestado en «picar» a un hombre que, fuera de su «profesión», era un infeliz.

¡Y tan raro! Barton estaba seguro de que, al intentar robar su coche, el «Chofer de Charing» le había salvado la vida. Pero ante la policía, lo negó, insistiendo que él no podía tener enemigos de aquella clase.

Cuando se vio en la calle, resopló ruidosamente. Se sentía excitado. Durante unas horas, hasta que saliesen de su error, sus frustrados asesinos le creerían muerto. Tenía, pues, que obrar con la máxima celeridad.

Penetró en una droguería y se dirigió al teléfono. Después de

consultar la guía, marcó un número.

—Delegación del F.B.I. —anunciaron.

—¡Póngame con el jefe, el inspector Tower!

—¿De parte de quién?

—No me conoce, pero se trata de algo muy importante relacionado con el asesinato del abogado Dick Paterson. Dígaselo así.

—Aguarde.

Pasados unos minutos, se dejó oír una voz de tono grave:

—Clark Tower al habla. Dígame.

—Le habla un detective de la agencia «Malovan-Borger». ¿Podría decirme, inspector, si era usted la persona que estaba citada con Dick Paterson en su casa la noche del día que lo asesinaron?

—Exacto. Yo era.

—No estaba seguro —rió Barton—. Me habían hablado de un inspector Cover y yo pensé en usted.

—Acertó. ¿Qué quería decirme?

—Me gustaría hablar con usted cuanto antes.

—Parece que los dos tenemos el mismo deseo. ¡Venga inmediatamente! Le espero.

La entrevista se celebró en el despacho privado del jefe de la Delegación. Allí, Barton rindió detallada cuenta de todas sus andanzas, informando a su interlocutor de cuánto había descubierto desde que se inició en aquel «trabajo».

El relato pareció interesar extraordinariamente al inspector Tower, Cuando Nick terminó de explicarse, le dijo:

—No creo, después de lo oído, que haya necesidad de guardar reservas con usted. No sería justo. ¡Buen trabajo, muchacho! Sin su colaboración seguiríamos a oscuras en cierto asunto de capital importancia para nosotros. Se lo explicaré. —Hizo una corta pausa y preguntó—: ¿Recuerda el rapto del profesor Hamilton?

Barton asintió con la cabeza. ¡Cómo ignorar el sensacional suceso, ocurrido aún no hacía un mes, y que la Prensa de todo el Mundo, especialmente la yanqui, aireó de modo destacadísimo! La cosa no era para menos. William Hamilton, el cerebro director de la acordonada ciudad de Oak Ridge, el más importante centro de investigaciones atómicas de los Estados Unidos, había sido secuestrado, desapareciendo, desde entonces, como si se lo hubiese

tragado la tierra.

—Bien —continuó Tower—. Si leyó cuánto publicaron los periódicos, recordará que el profesor Hamilton salió de Oak Ridge el catorce del pasado mes con la idea de concederse unos cuantos días de completo reposo en la finca campestre que su hermana Elsie posee en Newport. Como ya estaba acordado, el hijo de Elsie se fue a Oak Ridge con el coche a buscar a su tío. Los dos salieron de la ciudad atómica a las cuatro de la tarde. En Belle Vernon, a unas treinta millas de Oak Ridge, se alza una hermosa residencia de recreo, propiedad del conocido hombre de negocios neoyorquino, Frank Schalaugter. Aquella tarde, se encontraban en la finca el millonario, su familia y varios amigos, invitados a pasar con los dueños el fin de semana. El sobrino de Hamilton, que solía frecuentar el domicilio en Nueva York de los Schalaugter, sabiendo que éstos se encontraban en Belle Vernon, pasó por allí para saludarles. Además, quería proporcionar una satisfacción al señor Schalaugter, presentándole a su tío, a quien el millonario deseaba conocer, según le había manifestado repetidamente. En Belle Vernon se detuvieron tío y sobrino cerca de una hora, charlando con los dueños de la casa y sus invitados. Finalmente, se despidieron y subieron al coche, siendo despedidos amablemente por todo el mundo. Rodaron sin interrupción unas setenta millas y, hacia las siete, en Everett, hicieron una segunda parada, porque el profesor Hamilton tenía sed. Entraron en un bar. El sobrino se tomó un helado y el tío un

«Coca-Cola»

con limón. El barman se acordó perfectamente de este detalle, y varias personas nos confirmaron la presencia de ambos personajes en tal hora y lugar. Subieron, seguidamente, al coche y reanudaron el viaje. Una hora tardarían a lo sumo en recorrer las cuarenta millas que distaban hasta Newport. Pero no contaban con lo imprevisto. Pasado Blain, la carretera se interna por el pintoresco bosque de Orbisona, describiendo numerosas curvas. Es una ruta muy poco frecuentada, pero ideal para quien, viniendo en aquella dirección, tenga como punto de destino Newport, ya que, de otra forma, hay que hacer un largo rodeo.

»Cerca de la salida del bosque, existe un puente que salva una profunda vaguada. Anochece, y el conductor encendió los faros. Al

salir del puente, un sedán les interceptaba el paso y el sobrino apretó los frenos para evitar el choque. Descendió a la carretera a fin de averiguar lo que ocurría y, en aquel instante, impensadamente, irrumpieron en escena cuatro enmascarados armados de pistolas, que se ocultaban entre los árboles. Dos de ellos obligaron al profesor a bajar del auto y subir al sedán, mientras que los otros se las entendían con el sobrino, al que maniataron y amordazaron minuciosamente, abandonándolo, como un saco, al borde de la cuneta. Después, se unieron a sus compañeros, subiendo todos, con el profesor Hamilton, en el sedán que arrancó hasta desaparecer en dirección a Newport. Hora y media más tarde, un camión descubría en la cuneta al maniatado, que informó de lo ocurrido pocas horas, el suceso cobraba resonancia nacional y, aquel mismo amanecer, se conseguía localizar al sedán a unas dos millas del lugar del suceso, fuera de la carretera, abandonado en pleno campo por sus ocupantes. Resultó ser un auto robado, cuatro días antes, a un industrial de Altoona y que los secuestradores habían pintado de nuevo para camuflarlo.

»Y esto es todo lo que, desde entonces, se ha podido sacar en limpio a través de un sin número de indagaciones, interrogatorios y confidencias. Los miembros de la policía y mis hombres han trabajado a conciencia, sin que el enigma se haya podido solucionar, poco ni mucho. Resulta increíble, si no se han volatilizado, que los secuestradores y el profesor Hamilton hayan podido traspasar el cinturón de vigilancia establecido, en cincuenta millas a la redonda, en torno del puente en que quedó abandonado el sedán, extensa área que, por otra parte, se ha registrado con maniática minuciosidad, sin el menor resultado positivo. Dejando aparte el enigma planteado, el secuestro del profesor Hamilton reviste una importancia que nos es necesario subrayar, considerando que este hombre se hallaba perfectamente enterado de cuántos secretos sobre cuestiones atómicas interesan a nuestro país. Huelga aclarar quiénes han debido ser sus secuestradores: agentes al servicio de cierta potencia extranjera, que, considerando al profesor Hamilton, como así es, en efecto, la fuente más preciosa de información sobre nuestros secretos atómicos, pretenden que los tales dejen de serlo para ellos. Por desgracia, y a pesar de todos los esfuerzos, nuestros enemigos han sabido burlarnos y el profesor

continúa sin aparecer. No creemos que hayan podido llevárselo de los Estados Unidos; al menos, las medidas adoptadas así parecen garantizarlo. Y ésta era la situación, hasta que, hará unos días, cierta persona que usted conoce confirmó nuestras suposiciones.

—¿Quién?

—Dick Paterson. La misma fecha que lo mataron, me telefoneó desde su despacho. Me dijo que creía estar en situación de proporcionarme noticias bastante concretas sobre el desaparecido profesor Hamilton. Tenía la seguridad de que no había salido del país, si bien le constaba que se estaban ultimando los detalles para su traslado al otro lado del Atlántico. Aquella noche, en su casa, donde yo debería encontrarme a las diez en punto, me daría amplias referencias de lo que apuntaba, informándome de cosas sensacionales. Como es lógico, yo le insté a vernos inmediatamente, pero Paterson se negó, aduciendo que antes tenía imprescindiblemente que hacer ciertas gestiones, encaminadas al pleno logro de sus deseos, que eran los míos. Me rogaba, pues, que tuviese un poco de paciencia, asegurándome que pronto se vería libre de sus secuestradores el profesor, quien, sin duda, seguiría gozando de excelente salud en donde lo tuviesen muy bien escondido, lugar que él ya intuía. Esto fue, poco más o menos, lo que Dick Paterson me dijo. Excuso decirle la impaciencia con que aguardaba el momento de la entrevista. Cuando, a las dos horas escasas, supe que mi comunicante telefónico acababa de ser asesinado pensé, enseguida, que lo habrían liquidado los mismos secuestradores de Hamilton para evitar el gravísimo riesgo de verse descubiertos. Pero, después, las indagaciones de la policía pusieron de relieve que el hecho sangriento se había producido de un modo casual, al margen de lo que cabía temerse. Se trataba del acto de un pobre loco. Nada más. Ésta era la convicción de la policía y la mía propia... hasta este preciso momento.

»Lo que acaba de contarme, revierte el problema a su primitivo planteamiento: a Dick Paterson lo mataron los secuestradores del profesor Hamilton para evitar que el abogado se entrevistase conmigo aquella noche. Y para soslayar el riesgo de despertar esta sospecha, armaron la trampa, poniendo de cebo a un inocente, del cual, en tal sentido, no podíamos recelar nada. Por fortuna, su intervención en el asunto ha sido providencial. A Dick Paterson lo

liquidaron, del ingenioso modo que usted había supuesto, los tres clientes que usted había supuesto, los tres clientes que aguardaban en la sala de espera. La solución del enigma no puede ser otra, confirmada, además, por el juego de aquel falso policía encargado de que ningún auténtico cliente pudiera introducirse en el despacho, echando por tierra todo el plan.

—Yo he hecho indagaciones sobre esos individuos y los informes resultaron excelentes. Sospechaba de ellos como hombres a sueldo de un Callender o de un Bozzano, y el detalle me desconcertó por completo. No sabía ya qué pensar.

—Pues, ahora, como comprenderá, el problema planteado es muy distinto. No se trata ya de identificarlos como delincuentes vulgares, sino como traidores de la patria, al servicio del comunismo internacional, y esta mala hierba, como sabe todo el mundo, crece, indistintamente, en todas las alturas. Montaremos una estrecha vigilancia cerca de esos caballeros.

—¿No piensa detenerlos?

—No podríamos hacerlo sin grave riesgo para el profesor Hamilton. Su vida nos es tan cara como su libertad, si aspiramos a que ciertas valiosas investigaciones atómicas no sufran un quebranto irreparable. Interesa, por tanto, obrar con el mayor sigilo y en la sombra, sin sembrar recelos en el campo enemigo. Como primera medida, intentaremos proporcionarles una noticia que les llenará de júbilo y de confianza en el porvenir. Escribame ahí su nombre y señas personales, mientras yo telefono a la Central.

Tower le alargó un bloc y un lápiz. En tanto que Nick llevaba a cabo la orden, el jefe de la Delegación del F.B.I., comunicó con la Central de Policía.

—¿Capitán
O'Reale?...

Aquí Tower. Óigame con atención, capitán: Hará hora y media, desde un coche que se dio a la fuga, unos pistoleros mataron, en la Calle Cuarenta, a un individuo que conducía otro coche. En la comisaría de la Treinta y cinco, fue identificado como un delincuente habitual, conocido por el apodo de el «Chofer de Charing». Interesa extraordinariamente que en la relación que la Prensa haga del suceso, figure como víctima esta otra persona: ¡Anote!

Requirió la nota que ya había escrito Barton, y se la leyó a su invisible interlocutor. Después, prosiguió:

—Cerciórese de que ningún redactor de sucesos ha pasado ya por ahí y de que nadie, fuera de sus hombres, conozca la verdad de lo ocurrido. Disponga con rapidez lo que le he dicho, y comuníqueme cuanto antes el resultado de todo. Nada más.

Colgó el auricular y contempló significativamente a Barton, que había seguido la charla con suma atención.

—¿Comprende? —le dijo Tower—. De esta forma, sus chasqueados asesinos creerán haber conseguido su propósito y respirarán con tranquilidad. Es lo que nos hace falta. Esperemos a ver lo que nos dice el capitán O'Reale.

Minutos más tarde, telefoneaban de la Central para informar que todo se había dispuesto ya según lo ordenado y que ningún periodista había sido informado del hecho hasta aquel momento.

—¡Perfecto! —exclamó Tower, dirigiéndose a Nick—. Ahora, ya está usted oficialmente liquidado. No intente volver por su domicilio ni se comunique con nadie. Usted seguirá en su papel de «fiambre», mientras nosotros nos aplicamos a la tarea. Sus gastos, naturalmente, correrán de cuenta de la Delegación.

—Muy bien, inspector. Pero no me gustaría que la señorita Kane cayese también en el equívoco de creerme liquidado. ¿Podría telefonarle?

—No podemos exponernos a la menor imprudencia.

—De esa señorita respondo yo. Guardará absoluta reserva.

—No, no. Interesa presentar la comedia de su asesinato con la mayor verosimilitud posible. No se preocupe. Sólo será cuestión de unos pocos días.

Nick no tuvo otro remedio que acceder, y el inspector Tower se ausentó para cursar las oportunas órdenes.

A los pocos minutos, Barton subía a un coche de la Delegación, que lo llevó hasta Port Jervis, lujoso parador al otro lado del Hudson, a unas cinco millas de la ciudad, un acreditado lugar de recreo entre la gente adinerada.

—Pasará usted unos días estupendos —le dijo su acompañante—. Hasta nuevo aviso, no se mueva de aquí y diviértase lo que pueda.

Nick Barton se inscribió con el nombre falso de John Wilson, industrial de Lakewood.

CAPÍTULO IX

La verdad era que el ánimo de Nick no era el más propicio para gozar de las frívolas diversiones que, durante su forzada inactividad, podía brindarle el concurrido lugar de recreo.

Llevado de su amor por Linda, se había embarcado en una dudosa aventura, y cuando, tras pacientes trabajos, ésta se dibujaba con perfiles precisos y apasionantes, se le daba de lado, ordenándosele que aguardase allí pacientemente. Ya comprendía Nick los poderosos motivos por los que el inspector Tower deseaba mantenerle al margen del asunto. No para preservarle de futuros y previsibles riesgos, cosa de no mucha importancia para él, sino para obrar con entera libertad, confiando a sus enemigos. Una vez al tanto de los preciosos detalles que le había suministrado Nick, el jefe de la Delegación se consideraría capacitado para terminar felizmente el apasionante negocio, si el concurso de Barton, cuya colaboración sólo serviría, a su juicio, para dificultar el trabajo de sus hombres.

Bien. Se resignaría. Al fin y al cabo, el ansiado objetivo de reivindicar el buen nombre del padre de Linda se lograría de igual manera y, además, sin necesidad de correr el menor riesgo. ¿Qué más podía pedir?

Pero en lo más íntimo de su ser, el razonamiento no le consolaba. Sentíase fascinado ante la imprevista derivación que había sufrido la aventura, y le hubiese gustado perseverar en ella hasta su remate.

Cenó, y, al salir del comedor, se refugió en la biblioteca, mientras los demás huéspedes marchaban al salón o a la sala de fiestas. Se encontraba desplazado en aquel ambiente, y le sedujo la idea de informarse detalladamente de cuánto la Prensa hubiese dicho en su día, referente al secuestro del profesor Hamilton.

Solicitó los números atrasados correspondientes al «New York

Herald» y al «Daily Telegraph», y se llevó el montón de periódicos a un rincón de la solitaria estancia.

A los pocos minutos de lectura, un descubrimiento que juzgó sensacional le dejó perplejo. Resultaba que el sobrino del profesor Hamilton era nada menos que su antiguo rival, el elegante Donald Farrell. Ambos periódicos estampaban repetidamente su nombre, Patrick D. Farrell, y en el «New York Herald» se veía una fotografía de él que no dejaba margen para la duda.

Cuando concluyó el atento repaso de todas las noticias referentes al secuestro, y pudo reconstruir los hechos relatados, que, en esencia, se adaptaban fielmente al resumen que le había expuesto el inspector Tower, comprendió con claridad la razón que asistía a éste al decirle, horas antes, que resultaba increíble que los secuestradores hubiesen podido burlar el cinturón de vigilancia establecido, a poco de descubrirse el secuestro, en torno del lugar del suceso. No se comprendía, en efecto, una vez abandonado el auto, cómo los cuatro enmascarados pudieron arreglárselas para sacar de aquella especie de ratonera a un personaje tan conocido y buscado, sin que persona alguna lo viese ni diese la menor referencia de él. Tampoco aparecía claro si los malhechores renunciaron a la peligrosa aventura, decidiendo permanecer ocultos con el profesor en algún ignorado rincón del recinto vigilado, que ni la policía ni los sabuesos del hubiesen dado hasta entonces con el escondite, toda vez que las investigaciones debieron hacerse a conciencia, sin dejar de registrar minuciosamente cuántos lugares infundiesen las más mínimas sospechas.

Un endemoniado rompecabezas, cuya solución no le alcanzaba. De todas formas, en aquel momento, lo que más le apasionaba era el reciente e inesperado descubrimiento. Que Donald Farrell jugase un importante papel en todo aquel enredo, era algo que nunca le habría podido pasar por la cabeza. Claro que encajaba dentro de lo posible, y que el personaje se revelase a lo último como sobrino del profesor Hamilton, no constituía, en principio, un hecho inconcebible. Su desconcierto nacía más bien al recordar ciertos detalles, fútiles en apariencia y que, ahora, ante la imprevista revelación, cobraban, a su juicio, perfiles intrigantes: el galanteo del personaje con Linda, su brusco apartamento de ella a raíz de lo de su padre, el imprevisto retorno, que la muchacha, resentida, rehusó

y, finalmente, el casual encuentro con él a la salida de la primera entrevista que Nick sostuvo con la viuda del abogado.

Todas estas incidencias, tenidas antes por inocentes, se teñían ahora de un matiz equívoco, y más todavía pensando en el intrincado misterio que planteaba el incomprensible escamoteo del profesor Hamilton dentro de aquella área tan bien vigilada, enigma que tal vez encontrase solución admitiendo la complicidad del sobrino del profesor con sus secuestradores.

La intuición le mantuvo inmóvil, mientras en su cerebro se barajaban las más dispares ideas. De pronto, un súbito pensamiento le alzó del sillón como impelido por un resorte: La vida de Linda se encontraba en peligro inminente. ¡Cómo no haberlo pensado antes!

Cuando a la mañana siguiente, la muchacha se enterase por los periódicos de su falso asesinato, que ella tomaría por auténtico, su inmediata reacción sería denunciar a la policía sus vehementes sospechas, informándola de cuanto le había contado Nick y que, entonces, ante el atentado sufrido, cobraría perfiles convincentes. En tal situación, ¿resultaba absurdo pensar que, si a sus enemigos se les alcanzaba tal actitud de la muchacha, éstos se decidieran a atajar el gravísimo riesgo, eliminándola? ¡Claro que no! Sobre todo, considerando que Donald Farrell podría ser uno de los elementos de la banda. Tenía que comunicar inmediatamente con ella para preservarla de algún posible engaño que...

Se dirigió a la cabina y marcó el número del «Boni's»,

convencido de que Linda todavía no habría salido del trabajo. Por fin, al otro lado de la línea, descolgaron el auricular y Nick reconoció la voz de Fred. Éste le dijo que Linda ya no estaba allí. Se había marchado hacía lo menos dos horas.

—¿Pero no trabajaba hasta las once?

—Sí, pero ocurrió algo imprevisto y tuvo que dejar la caja.

—Oiga, Fred, soy Nick Barton. ¿Qué ha pasado?

Su interlocutor guardó silencio y Nick tuvo que apremiarle con evidente nerviosismo.

—¿Me oye, Fred? ¡Le pregunto por qué marchó Linda a la calle! ¿Se ha quedado mudo?

—No, no... es que... verá... ¡Menudo lío!... Vino la policía y habló con ella. Le dijeron que usted había sufrido un atentado, que

unos pistoleros le habían ametrallado desde un coche en la Cuarta Avenida y, entonces, Linda marchó con ellos, subiendo a un auto que aguardaba a la puerta. Y, ahora, resulta...

—¡Maldita sea! ¿Cómo eran esos tipos?

—Pues, dos policías.

—¿Enseñaron el carnet?

—No, no. Se presentaron como tales y...

—¡Está bien, Fred! No diga a nadie que ha hablado conmigo. ¡Adiós!

Colgó el auricular y resopló con fuerza, sofocado. Su presentimiento había resultado certero. Sólo existía la remota posibilidad de que, efectivamente, para dar mayores visos de verosimilitud a la comedia de su asesinato, el inspector Tower hubiese dispuesto que la Policía agotase los trámites ordinarios, tomando las oportunas declaraciones a los distintos personajes relacionados con la supuesta víctima. Había que salir de dudas y nadie mejor que el propio jefe de la Delegación para aclararle el asunto. ¡Maldito Tower! Sólo le interesaba la preciosa vida del profesor Hamilton, y lo de Linda, si en verdad la habían raptado y su existencia corría en aquel instante grave peligro, sería para él únicamente motivo de preocupación marginal, sin que el riesgo que pudiese correr la muchacha le impulsase a hacer nada que redundara en perjuicio de su ansiado objetivo de velar por la integridad física del profesor.

Tenía que obrar astutamente, ocultándole a Tower su descubrimiento, así como sus propósitos de hacer tabla rasa de cuantas consideraciones no se encaminasen a librar a Linda de las garras de sus posibles secuestradores.

Cuando se estimó suficientemente serenado, llamó a la Delegación. Por fortuna, el jefe aún no se había ausentado de ella.

—Oiga, inspector —le dijo Nick, imprimiendo un tono de sosiego a su voz— he caído en la cuenta de cierto detalle que, ahora, me parece algo extraño y por eso llamo.

—¿De qué se trata?

—Verá... Pensando en el festejo que me tenían preparado a mi salida del domicilio de Dick Paterson y cómo diablos sabrían aquellos tipos que allí podrían cazarme, he recordado que fue precisamente la viuda Paterson la que hizo que acudiese a su casa, a

fin de comunicarme algo que, después, carecía de toda importancia y que muy bien pudo habérmelo dicho por teléfono. Además, no me rogó que fuese a verla inmediatamente, sino que lo hiciese *pasada una hora*, ¿comprende? No es que yo quiera acusar a nadie, pero...

Se oyó la risa de Tower, que, a continuación, le dijo:

—No se preocupe. Ya tomé buena nota de esa insinuación que hace, cuando me habló de todo lo sucedido y, en realidad, no creo que levante ningún falso testimonio. A esa dama ya la tenemos muy bien vigilada y controlamos su teléfono.

—¿Por eso simplemente?

—Por eso y por otras cosas. Sabemos que esa señora conocía perfectamente al sobrino del profesor por habérselo presentado hará unos meses en la residencia, en Nueva York, de los Schalaugter.

—¿Pero sospechan también del sobrino de Hamilton?

—No, no; aunque no cabe duda de que él debió de ser la fuente de información por donde los espías tuvieron conocimiento del descanso que el profesor había decidido concederse en la finca de su hermana. Por otra parte, esta señora entró en nuestro país gracias a que la avaló su compatriota Nikol Schalaugter, un personaje que gozaba de toda nuestra confianza y que hoy se nos hace sospechosísimo. Creemos que él es el cerebro que dirige todo el negocio. A la sombra del millonario, en cuya casa vive, Valinski ha reunido a sus peones. Allí conoció Vera Takanova, que tal es el nombre de la desconsolada viuda de Paterson, el «amigo Dick», que cayó en las redes de aquella sirena, instruida seguramente por Valinski. De este modo, se pudo nacionalizar. Sospechamos que la mujer trató de que Dick Paterson les prestase su valiosa ayuda. El abogado, que no era nada lerdo, debió descubrir pronto el sucio juego de la esposa, pero disimuló y accedió, aparentemente, a sus deseos. Cuando, por fin, tuvo en sus manos todos los datos necesarios para deshacer la criminal conjura, tirando de la manta, me llamó. Por desgracia, le descubrieron el juego y, entonces, montaron el ingenioso tinglado que usted ya sabe, eliminando a Paterson. Se habían desembarazado de un enemigo peligrosísimo, y Vera, como viuda del difunto, se embolsaba su saneada fortuna. Pero no contaban con su providencial intervención. Por eso intentaron eliminarle. Ahora, ya le creen muerto y respiran satisfechos, ajenos por completo a nuestra vigilancia. Creo

firmente que ésta nos llevará a descubrir, al fin, el paradero del profesor Hamilton. En cuanto Hamilton recobre la libertad, esos pájaros se llevarán la gran sorpresa. En realidad, ya los tengo en mis manos.

—¿Y por qué no los detiene sin más contemplaciones, obligándoles a que canten?

—No hay contra ellos pruebas irrefutables y, sobre todo, es muy posible que esa medida repercutiese desfavorablemente sobre la integridad del profesor. Comprenderá que no podemos hacerlo. ¿Quiere decirme algo más?

—No, no; aunque, ahora, pienso que debería hacerse algo más para presentar «mi asesinato» con todas las garantías de un hecho irrefutable.

—Los periódicos publicarán la noticia. ¿No es suficiente?

—Yo opino que la policía debería llevar a cabo todas las diligencias de rigor en estos casos, llamando, por ejemplo, a declarar a cuantas personas se relacionasen conmigo: a la señorita Kane, cajera del «Boni's», a mi patrona...

—No hará falta hilar tan fino. La simple noticia en la Prensa de mañana les confirmará un hecho del que ya no dudan. Esté tranquilo, que todo saldrá bien, y no se mueva de ahí hasta que yo le avise.

—Está bien, inspector. ¡Adiós!

Nada más alejado del ánimo de Nick, en aquellos momentos, que cumplimentar la orden de Tower. Era casi seguro que a Linda la habían raptado, y era preciso actuar con la máxima celeridad. Por fortuna, la Providencia venía en su ayuda. La charla telefónica con Tower había proporcionado datos valiosísimos, que, juntos con los que ya poseía, le colocaban en envidiable posición para poder abarcar de una sola mirada el panorama, que tan turbio se dibujaba en los comienzos.

Solicitó urgentemente los servicios de un taxi, y subió a su cuarto para hacerse cargo del sombrero y de la gabardina.

CAPÍTULO X

Las doce y cuarto en punto. Acababa de hacer la última gestión, llamando al domicilio de Linda. La chica no había aparecido por la casa y la patrona sentíase alarmada. Ya no cabía el error.

Apuró la copa de coñac, cogió la nueva ficha y volvió a introducirse en la cabina.

La señal de llamada sonó tercamente una y otra vez, por espacio de cinco minutos, cosa nada extraña dado lo intempestivo de la hora. Se armó de paciencia y, por fin, momentos después, oyó cómo descolgaban el auricular. Una agria voz de mujer le interpeló:

—¿Quién llama a estas horas?

—¡Óigame! Se trata de algo muy urgente. Dígale a la señora Paterson que preciso hablar con ella enseguida.

—Se encuentra durmiendo y no podemos despertarla. ¿Quién es usted?

—Nick Barton; dígaselo así. Su señora la despedirá si no le pasa el recado. Es algo muy importante.

—Espere, entonces. ¿Ha dicho Nick Barton?

—Sí. Dese prisa.

No habían transcurrido dos minutos, cuando la inconfundible voz de la polaca se deslizó hasta sus oídos:

—Me han dicho que quería hablarme, Nick Barton. ¿Es usted?

—Naturalmente, señora Paterson. ¿No me recuerda? Estuve dos veces en su casa y...

—Sí, sí; le recuerdo perfectamente, sólo que...

—¿Se ha enterado de lo ocurrido?

—No sé a lo que alude. Quería decir que me ha extrañado que me telefonee a estas horas. ¿Qué le pasa?

—Discúlpeme, pero la cosa no es para menos. Esta tarde, después de salir de su piso, casi me acribillan a balazos. Unos pistoleros me aguardaban con un coche a la salida. Por fortuna, un

ladrón de autos subió al mío, segundos antes de que yo pisase la calle, con ánimo de apropiárselo, y los pistoleros, confundiéndole conmigo, lo ametrallaron, cuando el ladrón alcanzaba la esquina de la Cuarta Avenida. Como verá, me salvé por milagro.

—¡Qué horror! Ya me enteré de que algo había ocurrido, pero ni remotamente me figuraba que usted pudiese ser la víctima elegida. ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

—En un bar de la Treinta y Cuatro. No me atrevo a ir por mi domicilio. Esa gente saldrá pronto de su error y me buscarán otra vez. Sin duda, venían vigilándome ya los pasos y al verme subir esta tarde a su casa, planearon el asesinato.

—Eso demuestra que pisa terreno firme, señor Barton. ¿Ha denunciado el hecho a la policía?

—No. En realidad, estoy bastante desconcertado, un poco asustado, si usted quiere. La cosa no es para menos. Pienso que sería mejor cambiar impresiones y decidir entre los dos lo que juzguemos más conveniente.

—Tiene usted mucha razón y, como es natural, puede contar, incondicionalmente, conmigo. ¿Desea venir aquí, ahora mismo?

—No lo creo prudente. Quizá esos hombres rondan todavía por ahí y... Lo mejor sería vernos en otro sitio, si no le sirve de molestia.

—¡En absoluto! Deme media hora para vestirme y dígame dónde y cómo. El garaje está aquí cerca, y yo misma conduciré.

—¡Cuánto se lo agradezco! Mire, señora, son las doce y veinticinco. A la una y cuarto en punto, esté usted con su coche en la esquina de la Madison y la Treinta y seis, justamente en la acera frente a la entrada de los «Almacenes Alphi». ¿Sabe dónde le digo?

—Sí; al lado de una joyería, ¿no?

—Exactamente. Usted no descienda del coche y espéreme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. A la una y cuarto en punto me tendrá allí.

—Muy bien. Hasta luego, entonces, señora.

La comedia había resultado perfecta. Al menos, así le parecía. Había tratado de representar el papel del hombre que se mete alegremente en una aventura y que al final, cuando ésta se revela peligrosa, se siente atemorizado.

Ahora, tenía que actuar con suma cautela y decisión, a fin de

soslayar el presumible riesgo de que alguien muy conocido tratase de frustrarle el juego.

Se echó a la calle y, a la una y cuarto en punto, subió a un taxi frente al «Bristol». Se informó por el chofer del importe aproximado del recorrido y, después de pagarle con largueza por adelantado, le dijo:

—¡Escúcheme con atención! Verá un coche parado frente a los «Almacenes Alphi». Tiene que detenerse a su lado, para que yo pueda bajarme del taxi y subir al otro coche con la mayor rapidez posible, pero lo ha de hacer de improviso y no poco a poco, ¿comprende?

—Usted quiere decir que nadie pueda creer que usted va a bajar allí, ¿no?

—Exactamente. Ahora, en marcha.

A los pocos minutos doblaban por la esquina de la Treinta y seis y enfilaban la calle. Efectivamente, cruzada la Avenida Madison, se divisaba un sedán negro, detenido frente a los populares almacenes, al borde de la solitaria acera.

—¡Ahí lo tenemos! —dijo el chofer.

—No se olvide de lo convenido.

—Descuide.

El conductor aceleró la marcha y, en la siguiente travesía, Barton vio a dos individuos que, en la esquina, charlaban pacíficamente. Nada le hubiera extrañado saber que en el cruce de la calle con la Cuarta, otros dos ociosos ciudadanos se inmovilizaban fumando.

El taxi atravesó la Madison sin disminuir la velocidad y, cuando llegó a la altura del sedán, frenó en seco, con tal habilidad, que el vehículo se detuvo justamente frente al otro auto, a un metro de distancia. Rápidamente, Barton, que ya había entreabierto la portezuela, pisó la calzada y salvó la distancia hasta el sedán, subiendo velozmente al *baquet*, ante la asombrada mirada de la mujer, mientras el taxi reemprendía la marcha.

—Pero ¿qué ocurre, señor Barton?

—Nada. Sólo que, después de lo de esta tarde, tengo que tomar precauciones. Esos tipos pueden haber descubierto ya que no me han liquidado y seguirme los pasos.

Compuso un gesto de susto y se inmovilizó mirando a la mujer

con los ojos abiertos.

—¡Cálmese! —sonrió la polaca—. Esa gente aún tardará en saber la verdad de lo ocurrido y, además, después, si usted no hace su vida habitual, no les será tan fácil localizarle.

—Eso es lo malo; que yo tengo una casa y un oficio con el que me gano la vida. Tarde o temprano, darán conmigo.

—No se preocupe. He pensado en su situación, y creo que todo podrá solucionarse —puso en marcha el coche y continuó—: Después de hablar con usted, se me ocurrió telefonear a Gut Ronald. Fue íntimo de mi marido y abogado como él. Nadie como Ronald puede aconsejarnos. Le dije que, si usted daba su conformidad, iríamos a verle, y el hombre se brindó a recibirnos en su domicilio esta misma noche. ¿Qué le parece?

—¿Es de confianza ese señor?

—¡Claro! Confío en él ciegamente.

—Bueno, entonces, quizá sea eso lo mejor. ¡Conformes!

Barton se frotó, nerviosamente las manos y miró a uno y otro lado, mientras la dama se dedicaba a conducir serena y diestramente.

—Su residencia particular está en Long Island. Allí nos espera.

—Muy bien. Lo que más me interesa es ver el modo de arreglar lo de mi alojamiento por el tiempo necesario, porque como comprenderá, yo no puedo volver ahora por mi domicilio.

—Todo lo dispondrá perfectamente el señor Ronald. Le repito que no se preocupe.

Rodaban por el Broadway, en dirección a City Hall. Al llegar a la plaza, el coche se desvió a la izquierda y, pronto, cruzaron el puente sobre el East River, penetrando en Brooklyn. La polaca hacía de vez en cuando alguna pregunta y Barton le respondía sin olvidarse de su papel de tipo asustadizo. Hasta aquel momento, la farsa había salido a las mil maravillas. Habíase cruzado con diversos coches. Algunos, que caminaban en la misma dirección, parecían seguirles durante un rato, pero después se desviaban. Al poco rato era otro coche, al que adelantaban, el que permanecía durante unos minutos rodando tras ellos.

Pasado Brooklyn, cogieron la autopista Malbone, que, finalmente, abandonaron cerca de Witney.

—Ya estamos cerca —dijo la mujer.

En efecto, a un cuarto de milla, torció el volante y el coche traspasó una verja, adentrándose por un camino de grava, particular.

El edificio, de dos pisos, tenía todo el aspecto de una residencia señorial, en medio de un amplio y oscuro parque.

Se detuvo el sedán frente a la escalinata principal, y la mujer descendió, siguiéndola Barton. En aquel momento, se encendía el globo de luz de la entrada y un criado uniformado abría la puerta.

—¡Buenas noches, señora Paterson! El señor baja enseguida. Pasen, entre tanto, al salón.

—¿Se encuentra en casa la señora? —le preguntó la polaca que, por lo visto, era habitual de la casa.

—Sí. En sus habitaciones. No creo que se haya acostado, todavía.

—Iré, entonces, un momento a saludarla —decidió la visitante, quien, seguidamente, se dirigió a Nick para decirle—: Vuelvo enseguida.

Barton asintió con la cabeza y siguió al criado, mientras la viuda de Paterson desaparecía por la escalera que conducía al segundo piso.

—¡Pase el señor!

La amplia y lujosa estancia se iluminaba con una centelleante araña central. Los dos balcones, que daban al parque, aparecían cuidadosamente cerrados y, al fondo, se divisaba otra puerta, tras unos pesados cortinajes.

Bien. Aguardaría allí pacientemente. La espera no se le haría muy larga.

Encendió un cigarrillo y se sentó en un diván.

Su presunción resultó cierta. No habrían transcurrido tres minutos, cuando se abrió bruscamente la puerta de los cortinajes, irrumpiendo en el salón dos hombres armados de pistolas. Uno de ellos era el criado uniformado que acababa de recibirlos. Pero, ahora, había abandonado su gesto ceremonioso y contraía los labios con aires de jaque, mientras le encañonaba.



Irrumpieron el salón dos hombres armados de pistolas.

—¡Levántese y arriba las manos!

Barton obedeció, sin que su rostro denotase mucha sorpresa.

—Cachéale, Bill.

El compinche se colocó tras él, y llevó a cabo el trabajo ordenado, desposeyéndole de la pistola.

—¡Buen chisme! —comentó, guardándose el «Colt».

—¡En marcha, ahora! —le ordenó el falso criado—. Y cuidado con hacer alguna tontería, si no quieres verte con un bonito agujero en el cuerpo.

—Soy un chico pacífico —informó Barton.

—Te conviene.

Salieron, por la puerta de los cortinajes, a un corto pasillo, que desembocaba en una escalera de caracol, la cual, sin duda, conducía al sótano. Nick iba en medio, el falso criado detrás, con el cañón del arma pegado a sus costillas, y el otro tipo, delante, indicándole el camino.

—¡Oiga, amigo! —advirtió Barton, volviendo la cabeza—. ¡Ojo con disparar antes de que haya hablado con el jefe! Tengo que decirle algo muy importante.

—No te preocupes. Si eres buen muchacho, al final te obsequiaremos con unos caramelos estupendos.

—Gracias.

Una vez en el sótano, caminaron por un estrecho corredor para, finalmente, desembocar en otro pasillo bastante más amplio con puertas a ambos lados. Una de ellas permanecía abierta y la claridad que venía de su interior dibujaba sobre el piso de cemento un vivo rectángulo de luz.

—¡Entra en ese cuarto!

Se echó a un lado el primer pistolero, y Barton avanzó hasta pisar el umbral.

La estancia, de paredes desnudas, estaba amueblada con cuatro sillas, un amplio y viejo sofá y una gran mesa barnizada de oscuro, sobre la que se veía una lámpara de pantalla sobre un verde tapete de terciopelo.

En el sofá aparecían la polaca y Donald Farrell y, medio sentado en el tablero de la mesa, un tipo de unos cuarenta años, impecablemente vestido, de pelo claro y ralo, con la cara salpicada de rojizas pecas.

Nada nuevo para Nick, que no se molestó en simular el menor asombro, contentándose con fijar sus ojos en los circunstantes, sin mover un solo músculo de la cara.

—¡Adelante, Barton! Está usted entre amigos —le dijo Farrell, burlonamente.

—Eso espero.

—Le trataremos como se merece —intervino en aquel momento el tercer personaje, con marcado acento extranjero.

Pensó inmediatamente que aquél sería el polaco, secretario de Schalaugter, de que le habló Tower, y se volvió hacia él sonriente.

—Yo diría más bien que me tratarán como aconsejen las circunstancias. ¿No le parece, señor Valinski?

Había dado en el blanco, a juzgar por el brillo de sorpresa que asomó a sus ojos.

—¿Me conoce?

—¡Claro! Precisamente, he venido porque quería hablar con usted.

—Celebro verle tan chistoso y disculpe si ha venido un poco a su pesar.

—¡Nada de eso, señor Valinski! —Denegó con la cabeza, perfectamente serio—. La señora —y señaló a la polaca— ha sido para mí un auxiliar valiosísimo, y le estoy muy agradecido. Me constaba que, al enterarse de que esta tarde sus chicos no habían conseguido liquidarme, ella tendría vivo interés en traerme a su presencia y, como mi interés por ello no era menor, me brindé a hacer de infeliz ratón que entra, sin el menor recelo, en la ratonera. ¿Lo hice bien, señora?

La polaca, consideraba a Barton con evidente estupor. De súbito, reaccionando, se dirigió nerviosamente a Valinski, diciéndole en polaco algo indescifrable para Nick. El hombre debió de ordenarle calma y la mujer enmudeció, clavando sus irritados ojos en Barton. A Farrell, que también se sentía desconcertado, se le había borrado la insolente sonrisa de los labios. El primero en reaccionar fue Valinski, que soltó una carcajada.

—Es usted un tipo astuto. Me gusta, aunque no comprendo lo que gana con representar esta gratuita comedia de intriga. ¿Se da cuenta de que se encuentra incondicionalmente en mis manos? Estos muchachos lo liquidarán en cuanto yo lo ordene.

—Lo sé. Pero no creo que le convenga ordenarlo hasta que yo hable. Le repito que he fingido dejarme engañar para poder llegar hasta aquí y verme con usted. El motivo es bien simple: me importa mucho que a la señorita Kane no le pase nada. Sé que ustedes la han secuestrado y vengo a rescatarla.

—Un rasgo que le honra. Lo malo es que a mí no me van a conmovir mucho sus súplicas y que estos muchachos le tienen encañonado. ¿Cómo llevará a cabo la caballerosa hazaña?

—Pacíficamente: contándoles cuanto sé de ustedes y... del profesor Hamilton. ¿Puedo empezar?

El rostro de Valinski cobró, súbitamente, una dureza de piedra. Pero reaccionó y esbozó una sonrisa, mientras se recostaba sobre el borde de la mesa, clavando sus ojos en Barton.

—¡Naturalmente! Le oiremos con mucho gusto.

CAPÍTULO XI

—Les informaré lo más brevemente posible —empezó Nick—. Como ya he dicho, ninguna sorpresa me ha proporcionado esta visita. Antes de arriesgarme a venir a verles, ya había averiguado todo lo necesario para quedar enterado de quiénes podría encontrar aquí, y del juego que se traía entre manos. Sé que ustedes, valiéndose de tres cómplices que actuaron como supuestos clientes de Paterson, asesinaron al abogado, para evitar que éste les estropease el negocio, descubriendo dónde se ocultaba Hamilton. Donald Farrell proporcionó la víctima propicia que había de pasar ante la policía como único asesino. Conocía perfectamente, por la señorita Kane, la chifladura de su padre y no dudó en brindarles la presa. No me extraña. Una canallada más en un tipo que no duda en traicionar a su patria y a su propio tío, ¿qué importancia tiene?

—¡Quieto! —le gritó el polaco a Farrell, viendo que éste se había alzado del sofá con el rostro contraído.

—¡Creo que estamos perdiendo el tiempo, Valinski!

—No opino yo así. ¡Cálmese, Farrell! Y usted, amigo, continúe. ¿Qué más sabe?

—Lo suficiente para, de haberlo querido, conseguir que todos ustedes estuviesen en estos momentos en manos de la Justicia: que esa señora, a quién usted facilitó su entrada en los Estados Unidos, se casó con Paterson siguiendo sus indicaciones, con el designio de engatusar al abogado y hacerle entrar en la banda. Cuando Paterson se resistió a traicionar a su patria, ustedes lo eliminaron. Sé también que usted es el jefe y organizador de este grupo de espionaje, el mismo que preparó y dispuso el secuestro del profesor Hamilton, contando con la valiosa cooperación de su sobrino Donald.

—¿Insinúa que el amigo Farrell estaba ya en combinación con los cuatro individuos que raptaron al profesor en el bosque de Orbisona, y que se dejó maniatar pacíficamente por ellos a fin de

disipar toda sospecha? —le preguntó Valinski, mirándole con atención.

Barton se echó a reír y guardó silencio, fijando sus ojos en los del polaco.

—¿Le hace gracia mi pregunta? —indagó éste.

—En cierto modo, sí, señor Valinski. Repito que lo sé *todo*, ¿comprende? Al profesor no lo raptaron en el bosque de Orbisona, porque el profesor no llegó al citado bosque de Orbisona, sino un doble, un individuo disfrazado de Hamilton, que fue quien, efectivamente, amordazó y maniató a Farrell, para desprenderse, después del disfraz y huir a campo traviesa. Más tarde, Farrell informa del cuento de los cuatro enmascarados que se llevaron al profesor en un sedán, coche que ustedes habían robado para abandonarlo, con anterioridad, en el oculto paraje de las cercanías donde lo localizaron. De esta forma, todo el mundo se tragó la píldora del secuestro, y las autoridades se volvieron locas registrando los alrededores sin tropezarse con el menor rastro del profesor ni de sus raptos. ¡Naturalmente! Como que buscaban a cinco fantasmas. Los cuatro secuestradores no existían fuera de la imaginación de Farrell y, en cuanto al profesor, éste ya había sido puesto a buen recaudo muchas millas antes de llegar al bosque de Orbisona. Si lo desea, incluso me aventuraría a indicar el lugar exacto donde ocultaron a Hamilton, donde posiblemente sigue todavía.

No cabía la menor duda de que sus últimas manifestaciones habían impresionado grandemente al auditorio, lo que demostraba que la teoría que Nick se había forjado sobre el sensacional acontecimiento de un mes atrás se adaptaba por completo a la realidad.

Donald Farrell se inmovilizaba con la boca entreabierta, mientras Valinski y su compatriota cambiaban miradas de inteligencia. Tampoco los pistoleros, visto el extraño cariz que cobraba la escena, parecían sentirse muy a gusto. Continuaban encañonándole, pero era evidente que la inquietud se reflejaba en sus rostros.

—No hará falta que puntualice, amigo —le dijo, al final, Valinski—. Me ha convencido. Lo que sigo sin entender es que, con tan preciosa información, en vez de denunciarnos, haya preferido

verse en esta triste situación, metiéndose voluntariamente en la ratonera.

—Ya creo haberlo explicado. Me cerraron ustedes la boca secuestrando a la señorita Kane, con el evidente designio, al creermelo a mi liquidado, de cegar la única fuente de información que podía perjudicarles. Esa muchacha constituye para mí lo más valioso del mundo y, si considero que su vida corre peligro, no me importa hacer tabla rasa de todo lo demás para correr en su ayuda. Por eso estoy aquí, porque deseo librarla de sus peligrosas garras. Espero que no le hayan hecho nada todavía. De otra forma, lo sentirán ustedes tanto como yo.

—Sigo sin entenderlo —replicó el polaco—. ¿Cómo diablos podrá obligarnos a que cumplimentemos su deseo si es usted precisamente el que se encuentra indefenso en nuestras manos?

—¡No me crea tan simple Valinski! Antes de decidirme a dar este paso, preparé muy bien las cosas. Todo cuanto yo sé, lo sabe otro, que ustedes no conocen y que goza de toda mi confianza. Esta persona guardará escrupulosamente el secreto hasta mañana; mejor dicho, hasta hoy a las nueve en punto, siempre que yo no ordene otra cosa. ¿Lo comprende, ahora?

—¡Ya! ¿Y quién es esa persona?

El polaco había formulado la pregunta con rostro sombrío, consciente del grave peligro que anunciaban las últimas palabras de Barton, de las que no le parecía lógico dudar. Nick, haciéndose cargo instantáneo de la situación, rompió a reír por toda respuesta, una risa insolente que inundó de rabia a Valinski.

—¡Usted nos dirá ese nombre o sufrirá los tormentos del peor de los infiernos antes de irse al otro barrio! —rugió, amenazador.

—No lo creo. ¡Pero cálmese! He venido para negociar. Creo tener una solución que puede interesarnos a los dos: La libertad de la señorita Kane a cambio de mi silencio y del de mi amigo. ¿Hace?

—¡Absurdo!

—Concédame unos minutos para explicarle mi plan y, si al final no le convence, aún le sobrará tiempo para intentar hacerme cantar.

—¡Hable! —se decidió Valinski, tras unos segundos de sorda meditación.

—Se lo explicaré en cuatro palabras: Ustedes me llevan donde esté la muchacha, para que yo pueda hablar a solas con ella.

Después, la ponen en libertad. Transcurrida una hora, en presencia de ustedes, yo telefono a determinado número que me reservo para cerciorarme de que, en efecto, han cumplido su palabra, y la señorita Kane ya está fuera de peligro. Acto seguido, yo les digo el nombre de mi amigo y dónde lo encontrarán para que ustedes puedan liquidarlo antes de las nueve. Siento hacerle esta faena, pero no hay otro remedio. Como número final, sus muchachos pueden seguir dándole gusto al dedo disparando sus pistolas contra mí. Comprenderá que, una vez eliminados mi amigo y yo, el peligro que pueda significar para ustedes la libertad de la muchacha es mínimo. No sabe nada esencial y sólo posee sospechas que por sí solas no puedan concretarse en pista alguna. Estarán convencidos de esto último, porque supongo que ya la habrán interrogado a conciencia. Y ésta es mi propuesta. ¿Qué me responde?

Barton, que había hablado con plena firmeza y serenidad, guardó silencio y miró a Valinski en espera de la respuesta. Éste le consideró por breves instantes con ojos críticos y, al final, contestó:

—Tengo que meditarlo —consultó su reloj de pulsera y añadió—: Dice que su amigo aguardará hasta las nueve, ¿no?

—Así es. De no recibir contraorden mía, a las nueve en punto marchará a denunciarles.

—Perfectamente —sonrió el polaco, brillándole los ojos—. Ahora son las tres menos veinte y faltan más de cinco horas. Cálculo que con tres tendremos más que suficiente para desarrollar todo el programa que usted nos ha esbozado. Las otras dos las emplearemos en tratar de que usted cante gratuitamente, que sería la mejor solución para nosotros. Sí, al final, se mantiene con el pico cerrado, entonces, es posible que lleguemos a un acuerdo.

—¡Nada lograrán por esos medios! A un hombre que como yo se entrega para que lo maten, no es fácil sacarle palabras que no quiera decir.

El polaco, que daba señales de haberse recobrado plenamente, sonrió sin que Barton despegase los labios.

—Veremos —le dijo—. Hay pruebas más dolorosas y terribles que la propia muerte y nosotros sabemos unos trucos estupendos. Le gustarán. Además, ya le digo que, en último término, siempre habrá tiempo de llegar a ese arreglo que...

Sonó súbitamente un timbre y Valinski suspendió el discurso

para hacerle una seña a Farrell, quien, rápidamente, salió de la estancia. El repiqueteo proseguía de modo intermitente y Barton pensó que sería un teléfono. Valinski, que segundos antes parecía haberse decidido a actuar sin contemplaciones, se había inmovilizado, en espera, sin duda, de la vuelta de Farrell.

La pausa no fue larga. Cuando Farrell reapareció ante ellos una palidez de cera le cubría el rostro.

—¡Huyamos o estamos perdidos! —balbució con nerviosismo.

—¿Qué diablos...? —interpeló el polaco, asiendo al recién llegado por las solapas.

—Tienen cercado el hotel y dicen que salgamos uno a uno. Tirarán gases. Me habló un tal inspector Tower.

—¡Calma! —ordenó Valinski—. Hay tiempo. Escaparemos por el túnel. Pero antes...

Intentó girarse hacia Barton, mientras hacía ademán de sacar un arma. Nick obró con la celeridad del rayo y, aprovechándose del estupor de los dos tipos que le tenían encañonado, se arrojó sobre la mesa, tirando con fuerza del tapete sobre el que se alzaba la lámpara, que, al estrellarse contra el suelo, se apagó, sumiendo a todos en una densa oscuridad. Dos fogonazos simultáneos acompañaron a dos detonaciones. Pero ya Barton se había tendido en el suelo y las balas sólo pudieron rozarle, sin hacer carne.

—¡Aprisa!

A oscuras, como estaban, los espías se agitaban con estrépito y, tropezando desconcertadamente. Finalmente, en el pasillo, alguien encendió una linterna sorda. Era Valinski, que gritaba:

—¡Serenidad! ¡Seguidme!

Al reflejo de la luz del pasillo, Nick entrevió a dos de los espías que todavía no habían logrado ganar el corredor. Se arrojó a las piernas del más cercano derribándole, mientras el otro se unía al grupo que se alejaba a toda prisa.

—¡Suelta, maldito!

Nick apretó los dientes. ¡Era Farrell! No soltaría la presa sin antes saldar cumplidamente viejas cuentas.

Cuando los del F.B.I. irrumpieron en el sótano y se encendieron las luces, un hombre yacía en el suelo sin sentido. Resultaba difícil identificar aquel sangriento e hinchado rostro con la hermosa faz de Donald Farrell.

Al reconocer a Clark Tower, Nick avanzó a su encuentro.

—Creí que no llegaban ustedes nunca. ¿Qué ha pasado?

—¡Ya hablaremos! —replicó, destempladamente, el jefe de la Delegación—. Usted ha jugado conmigo, obligándome a actuar como yo no quería, y si le pasa algo al profesor Hamilton se acordará de Tower.

—No le ocurrirá nada. Se lo garantizo.

—¿Quién es este tipo? —preguntó un agente, contemplando al desfallecido.

—Un canalla traidor y asesino, que, por fortuna, no escapó.

—Nadie escapó —dijo Tower—. Tomamos nuestras medidas y, antes de levantar la caza, descubrimos la salida del pasadizo secreto. Han caído todos en la ratonera.

—Pues a éste, como hay Dios que le han dado un buen repaso en la cara —comentó el agente.

—Se lo merecía. Se llama Donald Farrell.

—¿El sobrino de Hamilton? —indagó, con vivo asombro, Tower.

—El mismo. Pertenecía a la banda. Ya se lo explicaré con detalle. Ahora, urge registrarlo todo. Hay que encontrar a una muchacha que tenían secuestrada.

Minutos más tarde aparecía Linda Kane. Estaba encerrada en una sombría celda del sótano y para sacarla hubo que derribar la puerta. La chica, que ofrecía claras señales de haber sido torturada, se abrazó a Nick, llorando.

EPÍLOGO

Aquella misma madrugada, dos horas más tarde, a solas con Tower, en su despacho de la Delegación, Nick se sinceraba con él, informando de cuanto el inspector ignoraba.

—Disculpe por la jugada que le hecho —le dijo al final—. Ansiaba correr en ayuda de la señorita Kane y, al mismo tiempo, creí que podría resolver el problema que le preocupaba a usted. Por eso me decidí a actuar en la forma que ya sabe, contando con que usted no dudaría en entrar en escena. Me constaba por usted que vigilaban a la viuda Paterson, controlando su teléfono, y, entonces, me puse en comunicación con ella, seguro de que les movilizaría a ustedes para seguimos los pasos. Sabía que tratarían de impedir que me uniese a la mujer en la esquina donde nos citamos, y para escurrirme de la presumible vigilancia de sus hombres, recurrí al truco del taxi. Ya los vi apostados en los distintos cruces por dónde, yendo a pie, tenía que haber pasado. Cuando, por fin, me vi dentro del sedán, en compañía de la dama, respiré satisfecho. Usted ya no se atrevería a dar la cara despertando las vehementes sospechas de la polaca y, al mismo tiempo, sabía que nos seguirían los pasos.

—¡Qué remedio! Lo hicimos valiéndonos de cinco coches que se fueron relevando.

—Me lo figuro. Era lo que yo buscaba. Había decidido meterme en la boca del lobo y confiaba en que, al final, ustedes me salvarían. Mientras, estuve entreteniéndoles con un cuento que urdí valiéndome de datos reales y de otros inventados, pero muy verosímiles, que el polaco confirmó con su actitud. Me refiero a la teoría que me había forjado sobre cómo se realizó el rapto del profesor Hamilton.

—Aún no comprendo de qué modo se le ocurrió la idea.

—Fue fácil. Poseía la absoluta convicción de que resultaba absurdo imaginarse que los malhechores hubiesen podido burlar la

estrecha vigilancia que ustedes montaron en torno del supuesto lugar del secuestro y, al convencerme de la culpabilidad de Donald Farrell, brotó en mí la idea, que después Valinski ratificó con su actitud. Al profesor Hamilton lo escamotearon al arribar a la finca de Schalaugter, en Belle Vernon, o antes de llegar a ella, siendo lo más probable que lo mantuviesen todavía oculto en el mismo lugar, puesto que a los espías les constaba que ustedes creían a pie juntillas que el secuestro se había perpetrado en Orbisona y jamás se les ocurriría hacer indagaciones en aquel lugar tan distante, en donde, por otra parte, numerosos testigos aseguraban haber visto pasar de largo al profesor. Todo esto me confirmó Valinski con su actitud, cuando me aventuré a exponerle mi teoría. ¡Buen truco ese de valerse de un doble!

—No se equivocó usted, en efecto. Valinski, convencido de que usted nos informaría igualmente, ha confesado de plano. A Hamilton lo han tenido todo este tiempo confinado en una granja de los alrededores de Heidy, milla y media antes de Belle Vernon. Allí fue donde, hace un mes, lo encerraron, y el doble ocupó su lugar. Pero no respiraré hasta que me notifiquen que, por fin, se encuentra libre de sus carceleros, dos tipos que, fingiéndose granjeros, lo vigilan.

—Todo saldrá bien. Y, ahora que recuerdo, ¿qué pintaba en este negocio Callender?

—No llegó a intervenir en él. Por lo visto, los espías intentaban que Callender les resolviese la difícil papeleta de sacar al profesor de nuestro país y trasladarlo al otro lado del Atlántico. Al final de la guerra, en una de las subastas oficiales, Callender adquirió cinco cuatrimotores que, según él, revendió después. Pero sospechamos que no fue así y que los tiene en el Canadá dedicándolos al comercio clandestino con Europa. A Paterson debieron de hacerle el encargo de convencer a Callender, como cliente suyo, de que se prestase a tal aventura y el abogado fingiría acceder a la indicación, con el oculto propósito de poner las cartas boca arriba en el momento más oportuno. Por eso nos citaría a Callender y a mi aquella noche de su muerte, en su domicilio.

—Ya lo comprendo.

Media hora más tarde, se recibía en la Delegación un mensaje radiado en clave, dando cuenta de la libertad del profesor Hamilton

y de la detención de los falsos granjeros.

Tower celebró la noticia con una carcajada estentórea.

—¡Buen trabajo, muchacho! —le dijo a Barton palmoteándole en la espalda—. Usted nos resolvió el enigma.

—Sabe de sobra que, sin su ayuda, nada hubiera conseguido.

—¡Diablo, pero si nos trajo de cabezal...! ¿Qué piensa hacer ahora?

—Seguir en mi empleo de «Malovan-Borger».

—¿Y no le agradecería trabajar con nosotros, al servicio de su patria?

—¿Me admitirían la solicitud?

—Me parece que sí. Es más, se lo garantizo.

—Lo pensaré.

—Me gustaría tenerlo a mis órdenes.

—Muchas gracias, inspector.

Por la tarde, después de comer, Barton pasó por el domicilio de Linda. La chica ya se había recobrado y ofrecía el aspecto de siempre. Disponíase a marchar al trabajo, y Nick la acompañó hasta el

«Boni's».

Por el camino fueron hablando. La muchacha trató de expresarle todo el agradecimiento que sentía por haberle salvado la vida y borrado la criminal mancha que habían arrojado sobre el difunto. Nick atajó sus palabras, quitando importancia al asunto. Después, le informó de su conversación con Tower.

—... Y me dijo que si cursaba la solicitud, él me garantizaba el ingreso en el F.B.I. Ya me gustaría, desde luego, pero no me seduce marcharme de Nueva York.

—¿Por qué?

—Pues, la verdad es que no me acostumbraría a saber que no puedo pasarme de vez en cuando por el

«Boni's»

—sonrió Nick significativamente.

—Yo sí —declaró Linda, alzando la cabeza para mirarle con malicia. Y como Barton no comprendiese, aclaró—: Naturalmente, siempre que usted se decidiese a... casarse conmigo.

—¡Linda!

Nick Barton se decidió en aquel preciso instante.

FIN

El misterio no estaba en la aventura desconocida ni en la exploración arriesgada, sino allí, entre los infernales escollos del mar de los Sargazos. Roger Revers no lo ignoraba, pero no sabía, en cambio... ¡que en el portalón de proa de su propio navío esperaba, al acecho, el más siniestro gang de modernos y sanguinarios piratas!...



En el epicentro de un mar silencioso y sombrío, llevando a bordo la más pintoresca y extraña tripulación, Roger se enfrentó con el escalofriante misterio de aquel sobrecogedor...

CEMENTERIO FLOTANTE

cuyas profundidades guardaban celosamente un secreto que nadie podía revelar...

CEMENTERIO FLOTANTE

¡Es el título de esta sensacional novela, en la que cada lector se sentirá tripulante del más audaz y fantástico navío que surcó nunca la ruta del más misterioso de los mares!...

GEO DUGAN

ha titulado CEMENTERIO FLOTANTE a esta novela excepcional, una de las mejores surgidas de su pluma inimitable. La gran Colección...

SERVICIO SECRETO

¡la publicará en su próximo número!

TITULOS PUBLICADOS EN LA

Colección Servicio Secreto

1. — La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
2. — Entre tinieblas. *Jack Grey.*
3. — Servicio Especial. *Tony Wanton.*
4. — Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
5. — El hotel de los crímenes. *Jack Grey.*
6. — Los cuatro ases. *Peter Debry.*
7. — La noche de Bright Garden. *A. Rolcest.*
8. — El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
9. — Contraespionaje. *Tony Wanton.*
10. — Peces de platino. *Peter Debry.*
11. — La hiena del valle. *Jack Grey.*
12. — Gangsters en Casablanca. *Peter Debry.*
13. — Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
14. — Valses tétricos. *Peter Debry.*
15. — La libélula de cristal. *Kent Miller.*
16. — Los buitres negros. *Peter Debry.*
17. — El monstruo. *Jack Grey.*
18. — En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
19. — El gas R. 650. *Kent Miller.*
20. — La atómica en Holliwood. *Peter Debry.*
21. — La onda mortal. *Kent Miller.*
22. — Misión en Extremo Oriente. *A. Rolcest.*
23. — La zorra del desierto. *Tony Wanton.*
24. — La bella del Bóforo. *Peter Debry.*

89. — Ruta salvaje. *Peter Debry.*
90. — Un capitán de comandos. *F. P. Duke.*
91. — La ley del machete. *Peter Debry.*
92. — Stanley, el simple. *Jack Grey.*
93. — Calavera de plata. *Peter Debry.*
94. — Doble triunfo. *F. P. Duke.*
95. — Horas trágicas. *Peter Debry.*
96. — El fantasma asesino. *Jack Grey.*
97. — La dama de los Nenúfares. *Peter Debry.*
98. — Convicto de traición. *Red Hartland.*
99. — El secreto de Daniel Hardy. *Francis Rod.*
100. — Crimen en el Subway. *A. Rolcest.*
101. — Tráfico en diamantes. *Red Hartland.*
102. — La fiera acosada. *Peter Debry.*
103. — Pacto entre llamas. *A. Rolcest.*
104. — Corsarios anfibios. *Peter Debry.*
105. — Hampa dorada. *Jack Grey.*
106. — Trágica apuesta. *Peter Debry.*
107. — Al dictado del odio. *A. Rolcest.*
108. — Los evadidos de Cayena. *Peter Debry.*
109. — Siete horas de vida. *Silver Kane.*
110. — La banda de la Zarpa. *Peter Debry.*
111. — Huracán en el Caribe. *Tony M. Tower.*
112. — Pacto mortal. *Kent Miller.*
113. — Infierno en Filipinas. *Robin Carol.*
114. — El caso del Caimán. *Peter Debry.*
115. — La emisora fantasma. *Ernie Parker.*
116. — La legión diabólica. *Kent Miller.*
117. — Arsénico y estilete. *Peter Debry.*
118. — Rondando el peligro. *Francis Rod.*
119. — Terror en Malaca. *A. Rolcest.*
120. — Morir es muy fácil. *Mark Halloran.*

121. — La red del dragón. *Peter Debry.*
122. — Traficantes de muerte. *F. P. Duha.*
123. — Tres en el infierno. *Peter Debry.*
124. — Luna Roja. *Lewis Haroc.*
125. — Los buitres del Támesis. *Kent Miller*
126. — Indochina. *A. Rolcest.*
127. — Pistas sangrientas. *Peter Debry.*
128. — Héroes en Creta. *A. Rolcest.*
129. — Guantes de goma. *Al Masson.*
130. — Los muertos no hablan. *Jim Tell.*
131. — Misión en Casablanca. *Tony M. Tower.*
132. — El plan «Erizo». *Peter Debry.*
133. — Okinawa, paraíso sangriento. *Kent Miller.*
134. — Intriga en la India. *Francis Rod.*
135. — Noventa horas en blanco. *Georges H. White.*
136. — Tres hombres en la nieve. *A. Rolcest.*
137. — El secreto de Rocky Mountain. *Tony M. Tower*
138. — Espías en acción. *Andreus Castle.*
139. — Buitres sobre Hollywood. *Red Lovell.*
140. — Muerte en el Bronx. *Red Artland.*
141. — El infierno flotante. *Kent Miller.*
142. — La hora fatal. *Tony Wanton.*
143. — El sector condenado. *A. Rolcest.*
144. — Demasiado tarde. *Andrew Castle.*
145. — Traición. *Kent Miller.*
146. — Hechiceros de la muerte. *A. Rolcest.*
147. — Lucha en la sombra. *Alar Benet.*
148. — Dos cruces en la nieve. *Tony M. Tower.*
149. — Convoy en ruta. *A. Rolcest.*
150. — Burlando la muerte. *Alar Benet.*
151. — La colina del silencio. *Red Harland,*

152. — Muertos en la selva. *A. Rolcest.*
153. — Un hombre alto. *Red Hartland.*
154. — Cerco de fuego. *Keint Miller.*
155. — Una tumba en Dunkerque. *A. Rolcest.*
156. — El presidiario. *Red Harland.*
157. — Veracruz. *Cliff Bradley.*
158. — El viento barre la niebla. *Red Harland.*
159. — La isla de los muertos. *A. Rolcest.*
160. — Mau-Mau. *Keith Luger.*
161. — La ultima jugada. *Red Harland.*
162. — Reto a la muerte. *Kent Miller.*
163. — Espías en Túnez. *Ernie Parker.*
164. — La muerte llegó al amanecer. *Tony M. Tower.*
165. — Cerco a Damasco. *A. Rolcest.*
166. — Sangre en el Danubio. *Kent Miller.*
167. — El pingüino asesino. *Keith Luger.*
168. — El caso de las mellizas. *Vic Peterson.*
169. — Un cadáver tras sus huellas. *Alar Benet.*
170. — Una bala para cinco. *Vic Peterson.*
171. — La ciudad maldita. *Alar Benet.*
172. — Espectros en la bolera. *Vic Peterson.*
173. — La fosa está abierta. *Bruno Shalter.*
174. — Trágica herencia. *Alar Benet.*
175. — Cerco en las sombras. *Donald Curtis.*
176. — Aprendices de detective. *Vic Peterson.*
177. — Asesinato en el Waldorf. *Alar Benet.*
178. — El caso del landrú californiano. *Vic Peterson.*
179. — Pasaporte al infierno. *Tony M. Tower.*
180. — Cita en tierra de nadie. *A. Rolcest.*
181. — El criminal nunca escapa. *Alar Benet.*
182. — Caza mayor. *Cliff Bradley.*
183. — Requiem por Nan. *Mark Halloran.*

184. — La muerte borra las huellas. *Vic Peterson.*
185. — Barrera de sangre. *Jack Grey.*
186. — Llega la muerte. *Mark Halloran.*
187. — El inspector fantasma. *Alar Benet.*
188. — Operación «Sirena». *Silver Kane.*
189. — Los gangsters mueren jóvenes. *Mark Halloran.*
190. — Donde los hombres mueren. *Cliff Bradley.*
191. — Una rubia en París. *Mark Halloran.*
192. — Brigada de choque. *A. Rolcest.*
193. — El gang de «Medio Rostro. *Peter Debry.*
194. — Con la muerte en la espalda. *Alar Benet.*
195. — Testigos siniestros. *Peter Debry.*
196. — Vacaciones de sangre. *Alar Benet.*
197. — Operación «Caimán». *Peter Debry.*
198. — El novato. *Silver Kane.*
199. — Héroes sin nombre. *Peter Debry.*
200. — Buscando la muerte. *Cliff Bradley*
201. — Piratas de frac. *Peter Debry.*
202. — Tromba de fuego. *A. Rolcest.*
203. — Agencia de secuestros. *Peter Debry.*
204. — Costa bárbara. *Arnaldo Visconti.*
205. — Misión desconocida. *H. Armstrong.*
206. — Cota 30. *Mark Halloran.*
207. — La isla inexplorada. *Geo Dugan.*
208. — El caso del verdugo chino. *Vic Peterson.*
209. — El sindicato del crimen. *Keith Luger.*
210. — El heraldo de la muerte. *Vic Peterson.*
211. — Misión secreta. *Alar Benet.*
212. — La consigna es matar. *Tony M. Tower.*
213. — Pasaje a Oriente. *Donald Curtis.*
214. — Tres sombras en el suelo. *Alar Benet.*
215. — El Gas-Terror. *Keith Luger.*
216. — Secretos atómicos. *Fred Gorhan.*

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 411 - M.^a D. d' Arcy
■ **SU ÚLTIMA DANZA**
Núm. 412 - Nylhama
○ **CUANDO EL AMOR ES GRANDE**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 251 - M.^a A. Durango
■ **DEBORAH**
Núm. 252 - Carliola
○ **PATRICIA**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 90 - Trini de Figueroa
■ **ADORACION**
Núm. 91 - Alicia Villahombrosia
○ **UN BELLO SUEÑO**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 352 - Silver Kane
■ **HAY MUERTOS EN LA PRADERA**
Núm. 353 - Keith Luger
○ **TRES HOMBRES VAN A MORIR**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 216 - Fred Gorhan
■ **SECRETOS ATOMICOS**
Núm. 217 - Geo Dugan
○ **CEMENTERIO FLOTANTE**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 307 - Mercedes Escalante
■ **ENCONTRE MI TARZAN**
Núm. 308 - Carlos de Santander
○ **NO PUEDO CREER EN TI**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 137 - Carmen Parro
■ **EL PRINCIPE CHANDRA**
Núm. 138 - Mary Vidal
○ **PASIONES DISTINTAS**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 23 - SANTA TERESA DE JESUS
■ **LOS MEJORES SONETOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA**
APARICION BIMENSUAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 49 - Chas Logan
■ **LOS TRES KERRIGAN**
Núm. 50 - Tex Taylor
○ **CIUDAD SIN LEY**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 8 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 31 - Sergio Duval
■ **LAZOS DE SANGRE**
Núm. 32 - Eva Farndin
○ **POR UNA PUERTA FALSA**
APARICION SEMANAL. PRECIO: 18 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA \$3.50

